

ENTRE DOS SILLAS



Gabriel Lesán

Gabriel Lesán

Entre dos sillas

Entre dos sillas

Autor – Editor:

Gabriel Lesán

Lotizadora Santa Hilda, manzana B, lote 1, Victoria Baja.

Huaral – Lima – Perú.

Ilustradora: Josseline Correa Soifer

Primera edición, julio 2023

Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N. ° 2023-04952

ISBN N.º 978-612-00-8704-6

Se terminó de Imprimir en julio 2023 en:

Laurens Impresores SRL

Asociación de vivienda San Juan de Miraflores, manzana r, lote 22, San
Juan de Miraflores – Lima

Índice

Página de créditos.....	3
Nota del autor.....	5
Narraciones.....	6

Este no es un libro de terapia, ni de verdades. He tenido que ir en contra de mí al escribir todo esto, asumiendo que alguien tomará las afirmaciones escritas y tratará de apresar lo que soy en ellas. Empero, le digo al lector que yo mismo podría presentar otro libro argumentando afirmaciones opuestas a todas las que se muestran acá. Si algo deseo con este libro, lo único que deseo tal vez, es hacer pensar; invito a usarlo para tal fin.

Uno

Sesión con Adán: El Génesis.

- ¿Dónde te estás quedando ahora que te echaron de la casa de tus papás? — pregunté.
- Por ahora en casa de un amigo. Sabe..., en el fondo me siento mejor con lo que está sucediendo. Esto me hizo pensar —dijo, mientras miraba sus pies emitiendo una pequeña risa— en el Adán de la Biblia. Mi mamá me puso el nombre por él. Estuve pensando que Dios no castigó a Adán echándolo del paraíso, porque luego de comer la manzana..., para Adán ya no era un castigo salir del paraíso. Abrir los ojos no solo implica descubrir sino crear y, ante cualquier castigo o redención que prometa un dios, el ser que ha abierto los ojos puede crear justo aquello que escapa de los límites del dolor o la felicidad. Le aseguro que luego de salir del jardín, Adán volteó a verlo y ya no era un paraíso para él, y el desierto ya no parecía tan árido.

Dos

Sesión con Alejandro: Círculos.

- Respira un poco mientras te traigo un vaso con agua, espera.
- Sí, sí, sí. Gracias.
- Es la primera vez que llegas a la sesión sudando y agitado.
- Sí, ¿no? Es que había tomado una siesta y me levanté tarde para venir. Antes de tomar la siesta pensé en tal vez cancelar la sesión de hoy porque estaba muy cansado, pero justo soñé algo que me hizo darme cuenta de lo que me pasa.
- ¿De qué te diste cuenta?
- Una parte de mí desea que todos esos limitantes, que todas las construcciones que he hecho, similares a síntomas patológicos, se mantengan, porque deseo satisfacer esa forma de ser. Me da miedo dejar de ser o hasta dejar de pensar así, porque sería como una historia sin terminar. Creo que soy como algunas personas que muestran lo peor de sí, porque desean ser aceptadas por lo que nadie aceptaría. Saben que un cambio implicaría dejar de mostrar solo esa parte, pero temen hacerlo ya que si lo hacen tendrán el sinsabor de que nadie cupo, que nadie culminó su historia, nadie la cerró. Como algunos que se muestran mediocres, desean explotar su potencial, pero quieren que los acepten siendo mediocres. No explotan su potencial porque consideran que si lo hacen los aceptarán por eso y no por su mediocridad. Eso me pasa.

Tres

Sesión con Homero: Jedidías.

- ¿Cómo vas con el libro?
- Bien, justo iba acabando de escribir una historia mientras venía. ¿Se la cuento?
- Sí, me gustaría escucharla.
- Se titula *Jedidías*. Es el relato de un hombre que iba por el mundo impartiendo lecciones de vida, mostrando gran sabiduría, por lo cual era llamado también *El sabio*, título con el cual no se sentía a gusto y ante el que siempre respondía con la clásica frase que le atribuyen a Sócrates, «Solo sé que no sé nada». Acostumbraba llevar a sus dos hijos a cada una de sus presentaciones. Ambos niños, de siete y catorce años, esperaban en cada presentación detrás del telón rojo que Jedidías siempre pedía que tuviera el escenario donde daría su disertación; dos a tres horas de monólogo que acababan con media hora de diálogo y, en ocasiones, un debate que terminaba cada vez en una manifestación enorme de humildad por parte de Jedidías, aceptando que él no era ni sería jamás el dueño de la verdad. Lo que era considerado por las personas como algo aplaudible. Empero, *El sabio* manifestaba que no hacía nada digno de aplausos, que solo mostraba que nadie, ni siquiera él, tenía una verdad absoluta, y que su misión era abrir los ojos de aquellos que solo ven su propia verdad.

En una de las presentaciones que tuvo fuera de su país, un grupo de jóvenes de más o menos la edad de su hijo mayor, lo criticó fuertemente al final. Ante esto Jedidías se mostró abierto a dialogar como siempre y cuestionó lo necesario para que los jóvenes entendieran que las verdades con las cuales lo atacaban no eran absolutas. Luego bajó del escenario y abrazó a cada uno de los jóvenes diciéndoles que aceptaba toda manifestación de todo ser humano. Todos en el auditorio aplaudieron el gesto, con lo cual finalizó la presentación mientras Jedidías caminaba hacia la parte trasera del escenario, haciendo notar su gran incomodidad por los aplausos. Tras el escenario se encontró con sus hijos y notándolos preocupados los llevó a un lado del lugar, lejos de todos. El mayor fue quien decidió hablar.

- Papá, casi te ganan el debate.
- Nunca estuve por perder —respondió Jedidías, mientras se ponía en cuclillas frente a sus hijos—. Ustedes serán quienes continúen con esto, no deben temer. Mi secreto, que ahora será nuestro, para jamás ser vencido en un debate es mostrarme siempre como un ejemplo de humildad y hacer ver eso a mis seguidores como un valor al cual ellos deben aspirar. Así logro que todos a

mi alrededor se quieran ver humildes, asegurando que nadie intente alzarse sobre mí. Enseño que no existe la verdad absoluta, no sé si sea así o no, pero con eso esquivo a toda persona que intenta defender una verdad frente a mí.

- Eres sabio, papá —dijeron ambos niños a la vez.
- Lo sé —afirmó Jedidías sonriendo.

Cuatro

Sesión con Julieta: Soledad.

- Hay algo más que te quiero contar —añadió, mientras empezaba a llorar moviendo la cabeza hacia los lados.

Esperé a que termine de llorar y la miré invitándola a seguir con lo que deseaba contarme.

- ¿Qué tanta soledad debe de sentir una niña a la que abandonan sus padres, no? —preguntó, como dándole un título a lo que me contaría—. Imagina su mundo. Un mundo donde no tienes amigos con quienes hablar de lo que sientes, no perteneces a un grupo donde puedas contar lo que te pasa, un dios no es una ficción lo suficientemente intensa para sentir que te oye, no puedes leer y sentirte identificado con lo que dijeron algunos autores. Por último, no puedes juntar dinero y pagarle a un terapeuta para que te escuche. Solo estaban tus padres y te dejan. ¿Te imaginas esa soledad que siente?, que prácticamente los únicos seres que existen para ella se van. Imagina más aún, que, si la niña es muy pequeña, no tiene una voz interna, no conversa consigo misma, no puede ni preguntarse “¿por qué me pasa esto?”. Lloro; esa niña siente el sufrimiento y la soledad en sus estados puros. ¿Qué soledad más grande puede existir que la de aquel que siente que se van los únicos otros? Esos otros que son más ella que ella misma; que al sentir que la dejan se siente a sí misma como una ausencia. Imagina como crece, sintiendo que cada vez que alguien la deja, se va también ella misma en ese otro. Se desespera, ¿y quién no lo haría? Debe de ser como sentirse el personaje de un sueño, que cuando el soñador despierta, va desapareciendo.
- ¿Y quién fue esa niña de la que me hablas?
- Yo.

Cinco

Sesión con Adán: Los demonios.

- Estuve leyendo y llegué a una conclusión: A muchas grandes mentes de la humanidad los mismos demonios que los atormentan son los que les permiten llegar a la cima. Es más, sin esos demonios, sin esos tormentos, tal vez no habrían llegado. Creo que Dios no era tan perfecto cuando creó a su demonio y justamente porque necesitaba a éste para llegar a serlo. Me pregunto si el demonio también tendrá demonios que lo atormenten. ¿O por eso no puede llegar a la perfección? ¿Quién atormenta al demonio? ¿No es Dios quien lo hace? Tal vez el demonio de hoy es el dios del mañana en su proceso de perfección. ¿A mis demonios no los atormento yo también? Tal vez mis demonios también pueden ser parte de mi perfección del mañana.

Seis

Sesión con Leslie: Dormir.

- Me dices que duermes mucho. ¿Cuánto es mucho?
- A veces duermo toda la noche y todo el día.
- ¿Pero tienes sueño?
- No. Lo hago para tratar de despertar en un día en que valga la pena vivir. En el fondo sé que cuando siento que los días no son lo que espero, es porque yo no soy quien quisiera ser. En sí, duermo mucho no esperando despertar en un día que me guste, sino en un día en que me guste yo.

Siete

Sesión con Johan: Casualidad.

- Ya me di cuenta que el destino no existe, que no hay nada determinado. Sin embargo, también encontré que lo que me ha venido sucediendo una y otra vez no está bajo mi control, que ha sido siempre casualidad que me suceda; justamente por eso me preparo, porque no existiendo un destino, pero sí la casualidad, puede ser a mí a quien precisamente le toque que esa casualidad le suceda continuamente hasta morir. No quiero llegar a mis últimos días esperando a que la casualidad deje de suceder porque no creo que exista un

destino. No hay un destino, pero eso no evita que algo casual me suceda siempre, una y otra vez. Me preparo por eso, porque la casualidad llega a ser más determinante que el destino.

Ocho

Sesión con Mariana: Significado.

- No sabía que había vuelto a suceder.
- Sí, soy una tarada —dijo, dándose un manotazo en la frente.
- ¿Qué te lleva a pensar que eres una tarada?
- Es que es la segunda vez que pasa, ¿qué significa eso, a ver?
- No es la primera vez que escucho que haces esa pregunta cuando me cuentas algo. Usaré tu misma pregunta para saber cómo así haces esa pregunta, ¿qué signifca eso, a ver?
- Quiero que sepas que te odio —contestó en tono de broma mientras sonreía avergonzada—. Con esa pregunta busco darle a lo que sucede un significado que tenga que ver conmigo, como buscando algo defectuoso en mí que sea lo que determina que las cosas malas me pasen.

Nueve

Sesión con Gonzalo: Daño.

- No logro que deje de dar vueltas por mi cabeza esa pregunta —dijo Gonzalo, apoyando su codo en el borde del sillón a la vez que ponía su cabeza sobre la mano de ese mismo brazo.
- ¿A cuál pregunta te refieres?
- ¿Debo, o cuánto debo, de soportar que me dañen por yo haber dañado? —contestó.
- ¿Quién te impuso ese deber?
- ¿No funciona así la vida? —refutó, cambiando de posición en el sillón.
- ¿Si no hicieras eso una vez, dejaría de funcionar la vida?
- Buen punto.

Diez

Sesión con Josseline: Paredes.

- Entiendo que te fue muy doloroso.
- No imaginas cuánto —contestó mirando en vacío.
- Ayúdame a imaginarlo, descríbeme lo que sentías.
- Pocos conocen la soledad extrema, donde se llora buscando en la mente la imagen de alguien a quien abrazar y nadie satisface esa necesidad. Sentí tanta soledad que hasta se me agotó el deseo de una presencia. Llegó un instante en que lo que me dolía era la falta de deseo de una compañía. Me recordó a una vez que tuve tanta hambre que me dieron náuseas. Me tiré al piso a llorar. Luego de un rato comencé a darme golpes en el pecho, “detente”, “detente de una vez”, “por favor deja de latir”; quería que mi corazón se parara. “Por favor, ya vámonos”, le decía a mi alma. Quería morir. Todo lo que le digo sucedió en mi casa, en mi cuarto. Darme cuenta de eso me hacía sentir peor. Quisiera haber pasado por todo estando en otro lugar. Era peor saber que yo suplicaba por morir y al otro lado de la pared mi familia cenaba tranquila.

Once

Sesión con Bruno: Colapso.

- Hay momentos específicos, en los que una sola persona está a punto de destrozarte hasta dejarte al borde del suicidio. En ese momento específico, con una persona específica, ante la sensación de un pronto colapso, sirve tomar toda verdad que se ha aceptado de esa persona como una mentira y, toda idea sobre esa persona que uno mismo se ha forzado a aceptar como mentira, tomarla como verdad. A su vez, luego, a esas personas, en ocasiones es mejor no perdonarlas jamás, aunque se llegue a saber que merecen un perdón, y no se les debe dar una oportunidad, aunque parezca lo correcto hacerlo.

Doce

Sesión con Annel: Prospectivo.

- ¿De qué deseas que hablemos?
- De mi necesidad de control.
- Háblame de eso.
- Tanto deseo tener el control, que vivo pensando constantemente en el futuro, un futuro ilusorio que se acopla a mí. Esta constante visión a futuro resplandeció más que nunca hoy, por ejemplo, mientras venía para acá. En un

momento me puse a recordar el instante en que estaba en la estación, comprando el pasaje para abordar. Me metí tanto en la imagen de mí misma en ese recuerdo, que empecé a sentir que estaba en ese momento, que no era un recuerdo sino el presente y estando ahí, en ese recuerdo, comencé, como lo hago siempre, a imaginar el futuro, me imaginé ya sentada viajando. Luego me metí tanto también en ese futuro imaginario, que empecé a ver todo como si ese futuro fuera real y sucediera en el presente. Ahí tuve un sobresalto. Recordé que eso no estaba pasando, que era una imaginación del futuro; «desperté» y estaba en la estación comprando el pasaje. Tuve otro sobresalto. Me percaté que la imagen de mí en la estación era un recuerdo. Tuve un último sobresalto y desperté totalmente. Estaba sentada, ya viajando, como en lo que imaginaba del futuro mientras recordaba el pasado. Ahí me preocupé, había vivido el presente como un futuro del pasado. Tengo miedo a tener más sobresaltos, no saber si estoy en la realidad, en un recuerdo, o en una imaginación. Ya no sé cómo funciona el tiempo para mí.

Trece

Sesión con Adán: Diluvio

- ¿Usted ha leído sobre el diluvio? —preguntó Adán, estirándose luego de haber terminado la sesión.
- ¿El bíblico? —contesté.
- Sí, el de Noe y su familia.
- Sí, sí he leído sobre él. ¿Deseas decirme algo sobre eso?
- Pensaba... Creo que no se entendieron las razones de Dios. Tal vez por la forma en que está escrita la historia. Yo la imagino distinta siempre.
- ¿Cómo la imaginas?
- Siempre imagino sentados en la montaña donde reposó el arca, donde Noe y su familia pudo bajar tras el diluvio, a un ángel y un demonio conversando: “¡Ay el hombre! Nunca entendió que la muerte no era el castigo”, dice uno de ellos. Después agrega: “Recuerdo todo. Dios vio la maldad del hombre sobre la tierra, vio que todos sus pensamientos se inclinaban al mal. Fue ahí que se arrepintió de haberlo creado. En ese momento dijo dios: Exterminaré a los hombres, porque todo se ha llenado de violencia por culpa de ellos, de Noe y los suyos. Mataré a todos para que sus almas vuelvan al cielo conmigo y dejaré a los malvados en el arca, para que sufran en la tierra y su descendencia del mismo modo”.

Catorce

Sesión con Suseth: Cadena.

- Usted es mi segundo terapeuta. No me pregunte por qué ya no voy con el primero.
- Está bien.
- Pero quiero continuar donde me quedé con él.
- Si así lo deseas, está bien. ¿Dónde se quedaron?
- Le cuento primero un poco de lo que encontré con mi anterior terapeuta, para que ya vea desde dónde continuaremos.
- Te escucho.
- Con mi anterior terapeuta, Luciano se llamaba, descubrí que me afectaba demasiado lo que me decía mi mamá o lo que consideraba que ella quería de mí. Sentía que mi mente no estaba solo en mí, sino en ambas. Una vez que me percaté de eso, me empecé a hacer varias preguntas. Si me había manejado hasta ese momento como si mi mamá tuviera la mitad de mi mente, ¿quién hablaba con la gente con quien yo hablaba?, ¿solo yo o yo y la presencia de mi mamá en mí? Siempre me veía a mí misma pequeña y débil, ¿quién más me veía así?, ¿mi mamá? Los que me han visto, ¿habrán llegado a ver a mi mamá en mí? ¿Mis miedos eran mis miedos? ¿Mis alegrías eran mis alegrías? ¿Mi vacío era mi vacío? Me sentía invadida por mi mamá. Darle cuenta y trabajar en ello con Luciano fue como realizar una independencia: dolió, hubieron heridos, pero luego fui más libre. Ahora quiero dar un segundo paso: independizarme de todos los demás. Eso incluye independizarme de mí misma, de las ideas que hice de mí. Quiero saber si los que hablaron hasta ahora conmigo, han hablado conmigo o con la presencia que yo creé de mí en mí.
- Continuamos desde ahí, entonces.

Quince

Sesión con Omar: Usufructo.

- A veces, en mis peores momentos, pienso ¿por qué mi alma no desapareció antes de nacer? ¿Por qué en mi cuerpo no entró otro? Después me doy cuenta, tal vez soy yo ese otro. Entonces vivo días en que ya no soy el protagonista de mi propia vida, en que soy un remplazo de quien debería ser. Ahí cobra sentido

este sufrimiento extraño que tengo, como de cargar la tristeza de alguien más. Una tristeza que me excede y en ese exceso está su fuente, en ese lugar que no me pertenece. Quizás lo que hago siempre, el querer cargar con el dolor ajeno, sea una forma de repetir el momento en que remplazando al principal entré en este cuerpo. Usurpo sentimientos desde antes de nacer, porque no soy lo suficiente para tener unos propios.

Dieciséis

Sesión con Claudia: Distancia.

- ¿Alguna vez has tenido a alguien que amas muy lejos de ti?
- Sí —contesté mientras pensaba en mis papás.
- Tengo un amigo al que amo mucho, pero vive en el extranjero. Solo nos vemos una vez al año, cerca a Navidad, cuando viene a ver a su familia.
- ¿Cómo es poderlo ver solo una vez al año?
- Hasta hace una semana no me causaba gran malestar.
- ¿Ahora sí?
- Sí, porque un día me eché en mi cama y como jugando me pregunté, ¿cuántas veces lo veré hasta que uno de los dos muera?

Diecisiete

Sesión con Ángelo: El cuidar.

- Noto que se te quebró la voz al decir “estar sano” —acoté, mientras veía formarse en el rostro de Ángelo la expresión del hartazgo ante una propia verdad que estaba por ser exhibida.
- ¡¡¡No me gusta estar sano!!! ¡¡¡No!!! —gritó cerrando su cara entre las manos—, porque si es así siento que no debo descansar, que solo debo descansar si estoy enfermo y... que mi mamá me quiere más si estoy enfermo. No me gusta estar feliz y sano, porque siento que para mi mamá yo debo ser el niño triste y enfermo que ella debe cuidar. Si fuera al revés, yo la tendría que cuidar a ella y seguro ella sería la triste y enferma. Permanecer enfermo asegura que mi mamá deba mantenerse fuerte. No quiero ver a mi mamá triste y enferma. No quiero que piense que no la necesito. Por eso —se detuvo un segundo pensando en la incomodidad de esa verdad y el qué haría ya habiéndola revelado— tengo que estar enfermo.

Dieciocho

Sesión con Renzo: Muerte.

- ¿Da vueltas ese tema, no? Escucho que mencionas la palabra “muerte” cada cierto momento.
- Sí, siempre pienso en la muerte. Me dirás ¿siempre?, ¿cada hora, todos los días? No cada hora, pero sí todos los días y más de una vez por día. A veces me siento a imaginar en qué estaré pensando un día antes de mi muerte. ¿Qué recordaré? ¿A quiénes extrañaré? ¿Qué me parecerá raro haber vivido? ¿Recordaré cómo me veía? ¿A qué momento desearé retroceder? ¿A quién querré buscar? ¿Qué me dará más dolor haber vivido? ¿Qué cruz cargaré todavía? ¿Qué cruz ya habré dejado? ¿Cuántas historias habré querido que sucedan y ya no podrán suceder? ¿En cuántas y cuáles personas pensaré y que también pensarán en mí? ¿Mi mundo seguirá siendo mi mundo? ¿La gente que hace que mi mundo sea mi mundo seguirá aún a mi lado? ¿A quién no me atreveré a buscar que también desee buscarme? ¿Aún la extrañaré infinitamente y seguiré mintiendo a todos de que no es así por vergüenza? ¿Aún sentiré la culpa enorme por ese día? ¿Hasta ese día le seguiré pidiendo perdón en cada momento, como hasta ahora, sin que ella lo sepa? ¿Habrá otros días en los que habré llorado como esa vez?
- ¿Qué te respondes luego?
- Nada, solo me pregunto.

Diecinueve

Sesión con Marilia: Querer.

- ¿Llegaron a hablar?
- Sí. No se lo he contado a nadie. Solo confío en ti, por eso necesitaba más que nunca mi sesión. Nadie más me escucharía sin criticar que haya vuelto a encontrarme con él.
- ¿De qué de eso te gustaría que hablemos?
- Quiero contarte todo, pero primero te diré cómo acabó la conversación. Él me dijo “te diste cuenta que no me amas, ¿no?”.
- ¿Qué respondiste?

- Le dije: “Me di cuenta que lo que sentía por ti se correspondía más con lo poco que siento por mí que con lo mucho que pueda sentir por otros”.

Veinte

Sesión con Gabriel: Karma.

- Nunca había sido un alguien para las mujeres en mi vida. Siempre había sido una representación. Para ella sí fui un alguien, me trataba como un alguien y le hice daño; la abandoné cuando más me necesitaba. Merezco lo que estoy pasando y lo que me pasará.
- En ocasiones nos hacemos preguntas a nosotros mismos cuando pensamos en algo, ¿te hiciste alguna pregunta en relación a ese pensamiento?
- Sí, varias. ¿Realmente merezco lo que está pasando? ¿Tengo que soportar un sufrimiento aceptado por mí, en un afán de sentir que pago el daño que hice?, como una especie de karma autoimpuesto. ¿Tengo que quedarme donde me dañan solo por sentir que purgo el daño que ocasioné?

Veintiuno

Sesión con Jimena: Libertad.

- Me fui de ahí. Es cierto que él me daba libertad, eso ni lo cuestiono. Sin embargo, criticaba todo el tiempo mi libertad. No soporté. Era ser libre, pero siendo objetada todo el tiempo. Terminé con él.
- ¿Qué sucedió luego?
- Empecé una nueva relación, con un chico que me daba libertad también, pero sin criticarme y me di cuenta que sentía que algo faltaba. Quería esa crítica constante. Es más, no sentía que era libre si no tenía una continúa crítica de mis actos. Ahí me di cuenta que debía venir a terapia.

Veintidós

Sesión con Yelenna: Presencia.

- Hola —dije, a la vez que la veía entrar al consultorio arrastrando una bolsa grande llena de cosas—, ¿te ayudo?

- No, no te preocupes. Sí puedo.
- ¿Cómo has estado? —pregunté, invitándola a sentarse con un gesto con la mano.
- Más o menos. Eres la única persona que me vería entrar con una bolsa enorme y no me preguntaría qué llevo.
- Si deseas contarme que llevas, sabes que tienes la libertad de hacerlo.
- Son las cartas que te mencioné la sesión pasada, las que le escribí a él. Saliendo de acá iré a casa de una amiga a quemarlas. En mi casa no puedo, no hay lugar; mi amiga tiene un patio grande.
- Entiendo.
- ¿Quieres que te lea lo que dice en una de las cartas?
- Claro, elige la que prefieras.
- Mmm... —la escuché decir mientras buscaba en la bolsa—. Esta está bien. Dice... “Nunca te alejes de mí. Ni siquiera en mis pensamientos me des la espalda. Nunca me busques, porque nunca debes estar tan lejos para necesitar hacerlo. Nunca grites mi nombre, porque siempre debes estar a mi lado para no tener que llamarme. Nunca preguntes por mí, porque siempre debes saber dónde estoy; y, si estando frente a mí cierras los ojos, que sea para besarme”. Todas las cartas de la bolsa son similares. Hoy las quemaré todas.

Veintitrés

Sesión con Vittorio: Vocación.

- ¿En qué se basa la vocación profesional? ¿Acaso no dicen que se basa en parte de lo que somos? ¿No habría que considerar que, así como cambiamos con los años, no siempre nuestra vocación será la misma? Pero decidimos, pactamos con la sociedad, de forma casi eterna a lo que nos queremos dedicar.

Veinticuatro

Sesión con Aaron: Beso.

- La policía entró y encontró la nota pegada en la pared de la ducha, al lado derecho de su cuerpo. Yo llegué a ver las fotos que tomaron los peritos. Se había cortado las venas y desangrado sentada. La nota decía, “Habías dejado un beso en la pared, al lado de mi cama; siempre lo veía y pensaba en ti. Un día, en un afán de intentar olvidarte, raspé esa parte de la pared. No sirvió. Ahora veo esa parte sin pintura y recuerdo que ahí había un beso tuyo en la pared.

Seguro, si lo pintara, vería la pintura y pensaría “ahí había un pedazo raspado, donde antes hubo un beso de él”. Así es con todo en mi vida. No hay forma de eliminarte, más que eliminándome”.

- Entiendo que es algo que te causa mucho dolor.
- Sí, ¿cómo puedo hacer para que ya no me duela?
- No sé si eso llegue a suceder, pero entiendo que hay una parte de ti que ya no quiere que duela.

Veinticinco

Sesión con Elizabeth: Ojos.

- Al fin lo entendí. Gracias a ti lo pude esclarecer.
- ¿Qué entendiste?
- Me di cuenta que era solo él, uno, único; que no era como lo sentía, que por sus ojos no me miraba todo el mundo, que no me juzgaban todos a través de su mirada. Antes de darme cuenta de eso, hasta sentía que mi propia mirada pasaba a través de su juicio.

Veintiséis

Sesión con Álvaro: Anhelos.

- ¿Cuáles son tus opciones frente a eso?
- No deseo ni pensarlas —contestó, mientras se inclinaba para coger el vaso con agua; su mano temblaba.
- Noto que te tiembla la mano.
- Tengo miedo. Me ha sucedido tantas veces eso, que he llegado a la conclusión de que a veces mis anhelos están formados sobre la base de aquello que propiciará que no puedan realizarse.

Veintisiete

Sesión con Anthony: Verdad.

- Sí, pero en su uso se discriminan a ellos mismos.
- ¿A qué te refieres?

- A que creen que la verdad no existe, pero usan esa noción para dudar de las verdades que expresan los demás, sin dudar de las suyas propias. Incluso, mientras más dudan de lo ajeno, más reafirman lo propio.
- Me llama la atención que hayas usado al inicio la palabra “discriminar” —dije intrigado.
- ¿Por qué? —preguntó Anthony.
- Porque discriminar no solo es hacer una diferencia, sino perjudicar con esa diferencia.
- Ah, claro. Claro que se perjudican.

Veintiocho

Sesión con Estefanía: Realidad.

- Esta vez creo que no me estoy equivocando, esta vez sí es real.
- ¿Qué es lo que para ti hace que algo sea real?
- ¿Por qué me preguntas eso? —consultó Estefanía frunciendo el seño.
- Asumo que piensas que te lo dije con ironía.
- Sí, pues —dijo, aún con el seño fruncido.
- En verdad no lo dije con ironía. Sinceramente me da curiosidad saber cómo llegas a definir que algo es real.
- No me lo había preguntado.
- ¿Deseas explorar eso?
- Sí, me ha empezado a intrigar.

Veintinueve

Sesión con Adán: Los demás.

- ¿Recuerda que me mencionó una vez a un filósofo francés...?
- ¿Sartre? ¿Jean Paul Sartre?
- Sí, ese.
- ¿Qué hay con él?
- Leí que en una ocasión dijo “El infierno son los demás”. Es cierto y no solo eso; son el infierno y el paraíso inalcanzable. Son ese infierno y ese cielo cristianos, que se presentan como una promesa que nunca se cumple. Eso son los demás.

Treinta

Sesión con Marcos: Carencias.

- Siento lo que me depara el destino.
- ¿Qué sientes que te depara?
- Nunca recibir un abrazo de las mismas manos que sujeten las mías al morir. Nunca escuchar que, buscándome por amor, golpeen mi puerta las mismas manos que golpeen mi ataúd gritando “¡Despierta por favor!”, cuando ya no pueda contestar.
- Interesante que definas lo que te deparará el destino con aquello que nunca recibirás.
- Me deparará carencias.
- Si el destino existe, creo que a todos nos deparará carencias. No podemos tener todo al mismo tiempo. Sin embargo, deseo entender cuáles son esas carencias que son importantes para ti.

Treinta y uno

Sesión con Diego: Miedo.

- ¿Ahora?
- Ahora veo que mi papá tampoco dice lo que cree. Todo su discurso es una celda construida con sus miedos. Donde intenta día a día encerrarme. No lo hace con la intención de dañarme, lo sé. Es más, ¿quién no ha mezclado sus miedos con las historias y consejos que da al hablarle a quien ama, deseando protegerlo?

Treinta y dos

Sesión con Fernando: Insuficiente.

- Discutí ayer con ella, en la noche. Hoy ni nos hablamos. Incluso, cuando salí para venir acá, nos cruzamos en la sala de la casa y ni nos miramos.
- ¿Sobre qué discutieron?
- Sobre lo de siempre. Me gritó «¡Es que yo no requiero más que lo necesario!». Le contesté «¡Yo tampoco! ¡Yo tampoco requiero más que lo necesario!... pero quiero más». No sé en qué momento resolvió que el hombre es un ser de solo

lo necesario, que la necesidad del hombre y la necesidad misma se rigen únicamente por lo que el cuerpo demanda. ¿Acaso tener solo lo necesario no es insuficiente algunas veces? ¿Acaso las necesidades de mis sueños no tienen igual valor? Además, sinceramente, ¿quién vive de lo realmente necesario? Si hasta vivir deja de ser necesario en algunas ocasiones. Ni los animales buscan solo lo necesario; hasta un perro orina en muchos lugares pudiendo hacerlo solo en uno.

Treinta y tres

Sesión con Gloria: Llanto.

- Fue el momento más doloroso de mi vida.
- Entiendo que lo fue. Es la primera vez que te veo llorar.
- Es cierto —contestó mirando al piso con las manos juntas entre sus piernas.
- Mi madre también lloró ese día, cuando enterraron a mi abuelo. Era raro verla llorar. A veces pienso que no lloraba por mí abuelo que se iba. A veces pienso que lloraba imaginando que yo estaría, más adelante, en la misma situación y lloraría. O tal vez le pasó lo mismo que a mí en ese momento; se dio cuenta que la muerte sí existía.

Treinta y cuatro

Sesión con Homero: El estilista.

- Anoche escribí otra historia. Nos quedan quince minutos de sesión, se la puedo contar si desea.
- Sí, deseo escucharla.
- Es sobre un santo. ¿Ha oído de San Simeón?
- ¿El santo que era muy riguroso con sus prácticas y se fue a vivir sobre una torre en el desierto?
- Ajá, ese mismo. En la historia él es el personaje principal.
- Te escucho.
- Simeón el estilista —expuso Homero, empezando el relato—, aquel que pasó treinta y siete años en penitencia sobre una columna en el desierto, antes de morir fue llevado por ángeles a conocer a un sabio. Simeón, dijeron los ángeles en coro, tú que has orado con todas tus fuerzas pidiendo a Dios que te aleje de las tentaciones y luego orado con todas tus fuerzas pidiendo a Dios que te envíe tentaciones, para así probar tu temple, escucha orar a este sabio. En ese

momento acercaron a Simeón al sabio y este escuchó la oración que predicaba: Señor, decía el sabio, nunca escuches ni cumplas ninguno de mis pedidos.

Treinta y cinco

Sesión con Jefferson: En un punto.

- Me hubiera sentido menos solo hoy si nunca la hubiera conocido.
- ¿Cómo así? —respondí con expresión de intriga.
- Me siento más solo por haberla conocido y que luego se fuera. En un punto mi soledad no tiene que ver con no tener a nadie a mi lado, sino con saber que ella existe lejos de mí.
- Entiendo que si estuviera ella ahorita con nosotros, ¿dejarías de sentirte solo?
- Por eso dije “en un punto” —aclaró Jefferson.
- Cierto. En los demás puntos, ¿con qué tiene que ver tu soledad?
- Creo que serán muchas sesiones solo de este tema.
- Por mí no hay inconveniente, me interesa escucharte.

Treinta y seis

Sesión con Catalina: Dolor.

- Llámeme Cata. Es mejor, porque es algo largo mi nombre.
- Está bien, Cata. ¿De qué deseas que hablemos?
- De muchas cosas, pero creo que podemos empezar por mi forma de causar daño.
- ¿A quién le causas daño?
- A mi pareja, pero no es del daño que le causo sobre lo que quiero hablar, sino de la forma en que le causo daño.
- ¿Cómo es esa forma?
- Un día estaba muy molesta con ella y para causarle dolor me puse de cierta forma que noté que era la forma en que se puso frente a mí varias veces mi anterior pareja.
- ¿Cuándo tu pareja se ponía de esa forma frente a ti, qué sentías?
- Dolor. A eso voy. Cuando me causaron dolor, aprendí a su vez una forma de causar dolor. Siento que ataco como fui atacada, hiero como me hirieron.

Luego de acabar la sesión, me quedé pensando si a su pareja logró causarle dolor. ¿Acaso Catalina había aprendido en verdad a causar dolor, así, en general, o había aprendido lo que a ella misma le causa dolor? Consideré que era pronto para esclarecer eso.

Treinta y siete

Sesión con Jessenia: Postura.

- Luego me pareció que se incomodó y asumió que yo critiqué su punto de vista porque no me gustaba esa teoría.
- Le doy un secreto.
- A ver, dímelo.
- Cuando encuentre a alguien que defiende una teoría, dígale que explique cómo criticaría ésta hasta que suene falsa. Si puede hacerlo, conoce su teoría, sino, es un fanático, como muchos religiosos, políticos..., profesores universitarios y jefes académicos.

Treinta y ocho

Sesión con Adán: El Edén.

- ¿De ella ya me habías hablado, no? Recuerdo que me dijiste que considerabas que tuviste una relación perfecta con ella y justo por eso terminaron.
- ¡Sí! ¡Ella! Ajá. Nos pasó lo mismo que a Adán y Eva —agregó con una expresión de deseo por contarme algo.
- ¿Qué les pasó a Adán y Eva?
- Un día caminaban por el jardín y se encontraron con Dios. Le preguntaron a Dios qué harían cada siguiente día en el Edén. Dios les dijo que disfrutar de la perfección. Añadió a aquello, que si ellos deseaban, podían ir con él al cielo también. ¿Cómo es el cielo?, preguntaron. Similar al Edén, contestó Dios. Mi relación era como ese Edén —continuó, refiriéndose a su relación con la chica de quien hablábamos antes—, perfecta, con la promesa de ser así siempre. Entonces hicimos lo mismo que Adán y Eva, decidimos comer la manzana, no por curiosidad, sino por miedo a no vivir nada más que la perfección eterna.

Treinta y nueve

Sesión con Max: Ayudar.

- He estado pensando en lo que hablamos la semana pasada.
- ¿Qué has pensado?
- Tomé conciencia de que no debo sentirme mal por no ayudar a mi hermano, que no es inútil.
- Yo le agregaría algo más.
- ¿Qué?
- Que aunque sí fuera inútil, tú siempre decides si quieres ayudarlo o no.

Cuarenta

Sesión con Leonardo: El conflicto con la verdad.

- ¿Cómo llegas hoy?
- Mejor que la vez pasada, pero no me deja en paz una pregunta.
- ¿Cuál?
- ¿Cuál es el problema que tengo con la verdad?
- ¿Y qué te respondes?
- Creo que el problema que tengo con la verdad es que, cuando encuentro una, no me gusta y sufro por ello, y cuando no tengo alguna sufro pensando que dejaría de sufrir teniendo una.

Cuarenta y uno

Sesión con Mariella: Detalles.

- No, nada. Soy normal.
- Puede ser cierto, pero eso no hace que seas idéntica a las demás personas.
- Pero, por ejemplo, yo soy detallista y hay muchas personas detallistas.
- Es evidente, pero tu ser detallista se integra a todo lo demás que eres tú. Tu ser detallista no actúa por sí solo. No podría ver cómo tú eres detallista sin verte a ti.
- Podrías ver una obra mía acabada, con mucho detalle y no podrías saber que el detalle de esa obra viene de mí.

- ¿Podría yo verte haciendo la obra y saber que el detalle no viene de ti? No hablábamos del detalle, hablábamos de ti siendo detallista.

Cuarenta y dos

Sesión con Oscar: Error.

- ¡No! ¡Te voy a entregar una lección importante!, si cometes cualquier error puedes matar a alguien —expuso exaltado, como quien defiende algopreciado de ser atacado.
- Interpreto que estás molesto.
- No. Bueno, sí, un poco —dijo, bajando los hombros y respirando con menor rapidez.
- ¿Cómo así te molestaste? Creo que nos permitiría conocerte más el hablar de cómo llegaste a molestarte en este momento.
- Me sentí atacado, pero no deseo hablar de eso.
- Está bien. No fue mi intención que te sintieras así. Mi intención no es atacarte. En cuanto a lo que me dijiste, de aquella lección que me entregas, entiendo y valido que es lo que crees, pero no, gracias. No acepto esa creencia, toma, te la regreso —indiqué con un ademán como de entregar algo con la mano.
- Ja, ja, ja —rió con un gesto de complicidad.
- Un cuestionamiento da vueltas en mi mente en este momento, ¿siempre intentas hacer lo de ahorita, entregar ese tipo de lecciones a otros?

Cuarenta y tres

Sesión con Adán: Imposibles.

- El temor a Dios subordinado a la idea de que para Dios “no hay imposibles”, nace del hecho de que para la vida no hay imposibles. No se necesita la intervención divina para que suceda lo peor que puede suceder o lo que se creía imposible: que salga mal el plan mejor preparado o a alguien le vaya mal en el mejor lugar. El hecho de que esos males se adjudiquen a un castigo divino se debe a que, siendo las probabilidades de que sucedan tan bajas, parece que alguien lo hubiera decidido así.

Cuarenta y cuatro

Sesión con Montse: Promesas.

- Odiaba mi vida y casi abandono todo por buscar mi “felicidad”, pero recordé que justamente abandonar todo por buscar mi felicidad fue lo que me dejó en la situación actual. Ahí me di cuenta que, en cada lugar donde pensaba que estaría mi felicidad y por el cual deseaba dejar todo, tenía dentro lo que yo consideraba que me haría feliz; que no eran los lugares...
- No me queda claro algo —interrumpí a Montse—. ¿Cuándo dices “lugares” te refieres a ubicaciones, como ciudades, algo geográfico?
- No, no. Me refiero a contextos —aclaró Montse.
- Entiendo. Me decías que no eran los lugares.
- Sí, que no eran los lugares, eran las promesas que yo imaginaba que esos lugares me ofrecían. Las fiestas tenían la promesa de encontrar el amor. Un trabajo seguro, la promesa de disponer del dinero suficiente para viajar. Pero una promesa no es una certeza. Es más, mi primer amor lo encontré por casualidad, en un curso de la universidad, y cuando no trabajaba viajaba mucho más que cuando empecé a trabajar.

Cuarenta y cinco

Sesión con Adán: Soledad.

- Dios lloró luego de expulsar a la pareja del jardín. Lloró conversando con la serpiente.
- ¿De qué conversaron? —pregunté a Adán.
- La serpiente le dijo a Dios “pero tú dijiste que no era bueno que el hombre esté solo”. “Porque me di cuenta que se empezaba a sentir solo”, contestó Dios. Luego, Dios agregó sollozando “Yo caminaba todos los días por el jardín. Adán podía sentir mi presencia, pero... no le fue suficiente”. La serpiente, con una mirada de sospecha le preguntó “¿creaste al otro ser para que acompañe a Adán o para tener una excusa para odiarlo?” Dios, aún sollozando, le contestó “Desde que creé al hombre, no puedo dejar de ser humano como él”.

Cuarenta y seis

Sesión con Valeria: Determinantes.

- Me di cuenta que me sirve mi familia en un aspecto.
- ¿En cuál aspecto?
- Me sirven para darme a conocer lo que puedo ser.
- No me queda claro. ¿Puedes darme un ejemplo?
- Por ejemplo, cuando mi papá me dice “es que eres muy sensible” puedo pensar, sin si quiera decírselo, en qué momentos no lo soy y en qué momentos lo soy. Cuando alguien me dice “eres” me da la llave para saber qué no soy.
- Me asombra agradablemente lo que acabas de decir. ¿Te parece si hoy hablamos de eso?
- Me parece genial.

Cuarenta y siete

Sesión con Zaida: Crecer.

- ¿Cómo crees que aprendiste eso?
- Creo que por mi papá. Decía que amaba la soledad y que le parecía tonta la gente que siempre necesitaba a otros. Yo sentía que eso era mentira, que él no sentía eso en verdad. Notaba que él también necesitaba a otros —dijo para luego quedarse en silencio casi un minuto—. A causa de su postura, creó en la casa un ambiente de soledad con la prohibición implícita de no necesitar a otros. Crecí sintiéndome mal cada vez que sentía que necesitaba a otros. Crecí necesitando a otros, odiando la soledad, pero con la represión de ni si quiera pensar y sentir eso.
- Asumo que ese choque, entre esas dos sensaciones, debe haber sido muy incómodo.
- Lo ha sido.

Cuarenta y ocho

Sesión con Gerson: Dilatación.

- No. No sanó su herida nunca. Ese conflicto que llevaba y que era el centro de todas sus relaciones amorosas nunca se solucionó. Parecía haber sanado, pero lo que pasaba en realidad era que el conflicto, con cada nueva pareja, se desarrollaba de inicio a fin en un plazo mayor. Eso daba la apariencia de ausencia. Como lo que sucede con la evolución; el tiempo en que una especie evoluciona es tan amplio que a simple vista no parece suceder, pero ahí está, lentamente aconteciendo.

Cuarenta y nueve

Sesión con Catalina: Decidir.

- Estuve leyendo sobre ese enfoque psicoterapéutico del que me habló.
- Ajá, ¿y te sentiste identificada con algo de lo que leíste?
- Sí, con lo de tomar una decisión. Mire —dijo sacando una hoja y entregándomela—. Hice una lista de lo que implica tomar una decisión.
- A ver —respondí agarrando la hoja—. Tomar una decisión implica —empecé a leer—; optar por algo y dejar algo, saber que se desea algo de cada opción, que no necesariamente la opción que nos parezca la más sensata será la misma que nos parezca más agradable. Implica también, arriesgarse a algo, a sentirse de alguna forma por lo que elegimos; arriesgarse a algo, a sentirse de alguna forma por lo que dejamos. Nota —continué leyendo la parte baja de la hoja—: revisar antes de elegir si es necesario elegir, porque en ocasiones elegir se vuelve una creencia y se empieza a dividir en opciones las posibilidades que pueden estar unidas, o se siente la necesidad de sacrificar algo antes de que las opciones así lo planteen. No siempre se necesita elegir. Revisar las diferencias e igualdades entre las opciones; cada opción ofrece algo, pero no ofrece todo, por eso se está eligiendo. Aunque dos opciones parezcan ser exactamente idénticas, no lo son o serían la misma opción y no habría necesidad de elegir.

Cincuenta

Sesión con Carla: Interpretación.

- Nos conocimos por una red social. Empezamos a conversar e iba todo bien, pero ayer en la mañana me empezó a hablar seco. Sentía menos interés de su parte en comparación con los días anteriores. Hasta que me preguntó si sabía cómo se elimina la aplicación por la que nos conocimos.
- ¿Qué le respondiste?
- Que sí sabía. Le indiqué cómo y me contestó “Gracias. La voy a eliminar. No me sirve”.
- Noto que cambió la expresión de tu rostro.
- ¿Sí? ¿Cómo?
- Vi que tus ojos descendieron, los lados de tu boca bajaron, tus mejillas igual.
- Es que... —expresó mientras su rostro decaía más.

- Entiendo que tienes una interpretación de eso que te dijo —agregué, luego de dos minutos de silencio—. Si cambias esa oración que dijo por otra donde las palabras concuerden con lo que interpretaste, ¿cómo sería esta nueva oración?
- Sería “Voy a eliminar la aplicación, porque me hizo encontrar basura”. Esa sería para mí la frase sinónimo de la que dijo.
- Comprendo ahora por qué cambió la expresión de tu rostro.

Cincuenta y uno

Sesión con Homero: Copias.

- Usé más metáforas para esta historia.
- ¿A qué se debió esa decisión?
- Quería probar otras formas de narrar. Le leo el final de la historia que es la parte más simbolizada. Tengo el archivo en mi celular.

Asentí con la cabeza mientras Homero buscaba el archivo en su celular.

- Acá está. M... desde acá le leeré — dijo revisando el archivo —. Como predijeron algunos autores, todo desapareció dejando solo una copia falsa de cada cosa. Cada copia estaba impresa en el mismo papel, asqueroso, sin diferencias, del mismo color; y al darle la luz a las copias, el papel proyectaba sobre el vacío donde antes estuvo la realidad formas que son tan asquerosas como el papel mismo. No existiendo realidad y siendo todo copias impresas sobre un mismo tipo de papel, no había forma de diferenciar nada. Los ojos impresos, de hombres impresos, veían todo por igual: toda sonrisa era felicidad, toda repetición era innovación, la represión se convirtió en protección, toda falta de autenticidad era respeto, toda autoridad era una autoridad moral. Todo se volvió asqueroso. Luego estas copias se concibieron como la realidad y nuevas copias se hicieron de esta; en papel mucho más asqueroso, con las formas difuminadas. Se copio la copia y luego se repitió el proceso, hasta que todo desapareció.
- ¿Es lo que sucede ahora, no? — pregunté con tristeza.
- Sí, caeremos cada vez más — contestó Homero.

Cincuenta y dos

Sesión con Ariana: Engranajes.

- Hay familias como la mía, cuyas relaciones se engranan con aquello que siempre los miembros indican como menos importante en la vida.

Cincuenta y tres

Sesión con Daniel: Grito.

- Ayer sucedió algo muy extraño, de eso quisiera hablar.
- Te escucho.
- Estaba con mi mamá yendo al centro, anoche, caminando. Íbamos a comprar unas cosas. De pronto pasábamos delante de una iglesia evangélica, había una reunión y afuera estaban unos autos estacionados. Como cruzaríamos la calle, nos detuvimos un momento al costado de los autos. Estábamos parados ahí cuando vimos cómo un hombre, un loco de esos que parece que fueron delincuentes antes, se acercó a uno de los autos. Nos quedamos mirando qué hacía y justo el hombre empezó a meter la mano por una de las ventanas de uno de los autos, intentando sacar algo que había en el asiento. Antes, con mi mamá ya habíamos estado ante sucesos así y nos quedábamos cayados e ignorábamos el asunto, nos íbamos.
- ¿Qué sucedió esta vez?
- Eso es lo extraño: miraba al hombre intentando robar y en mi mente solo pensaba en cómo ignorar el asunto y, de pronto, como si un hombre demonio saliera de mí, una parte de mí gritó ¡HEEEY!, para ahuyentar al ladrón. El hombre sacó la mano del auto, nos miró y se empezó a ir insultándonos a mi mamá y a mí. No sé de dónde me salió ese grito. Lo sentí demasiado propio, porque en mi mente solo repetía la forma de ignorar lo que pasaba. Mi mamá, luego, caminando me miró y orgullosa me dijo “Hoy aprendí algo de ti. Yo me hubiera quedado callada. Yo solo reaccionaría así si veo que alguien está por dañar a un animal”. Creo que tal vez por ahí va el tema, eso de que era un grito propio, porque ese grito respondía a algo ante lo que mi mamá no gritaba.

Cincuenta y cuatro

Sesión con Olinda: Autocomprensión.

- ¿Recuerdas que al finalizar la sesión pasada me hablaste sobre la autocomprensión?
- Sí, sí lo recuerdo.

- Estaba en mi tienda, viendo los espejos y leyendo sobre la autocomprensión en mi celular. Me di cuenta que la autocomprensión es un espejo único, funciona de forma contraria a como funciona un espejo clásico, mientras más permite verse a uno mismo, más permite ver a través de él.

Cincuenta y cinco

Sesión con Moisés: Ayuda.

- Ayer me dijeron mis verdades.
- ¿Qué dijeron sobre ti que consideras que es cierto?
- Me dijeron exactamente esto, “Tu problema es que siempre piensas que solo tú te encuentras mal o solo a ti te suceden cosas malas. Es cierto, que lo que te sucede a ti tiene una importancia única para ti, pero te equivocas cuando contrastas tu vida con la de los demás buscando que otros se hagan responsables de ti y de tus obligaciones. Crees que los demás, a diferencia de ti, seguimos con nuestras actividades porque estamos bien, y que eso te da derecho a exigir que nos hagamos cargo de tu vida. No, muchos hacemos nuestras cosas aunque estemos mal. Continuamos aunque nos sintamos mal o algo malo nos haya pasado. Incluso, si de verdad alguien estuviera bien en todo aspecto de su vida, eso no le da la obligación de encargarse de ti”.

Cincuenta y seis

Sesión con Miriam: Sacrificio.

- No sé de dónde me viene esa sensación interna de tener siempre que elegir entre dos opciones. Ante todo momento de incomodidad en mi vida mi mente divide la realidad en dos y me divide a mí en dos, y siento que debo sacrificar un lado para tener el otro. Como si alguien me exigiera un tributo en compensación por lo que deseo. Me recuerda bastante a ese sacrificio de dolor de las mitologías: Odín dando un ojo a cambio de sabiduría, por ejemplo. Ante momentos difíciles, tengo esa sensación del sacrificio que debo hacer, que no tiene relación con lo que obtendré. En las mitologías tal vez haya una relación simbólica entre lo que se entrega y lo que se recibe, pero cuando se me presenta esta experiencia interna de necesitar elegir no encuentro la relación;

es más, no hay necesidad de elegir. Es la sensación, la pura sensación de que ese esquema se arma. Como si tuviera que dar dolor por recibir algo.

Cincuenta y siete

Sesión con Ángel: Única.

- Escribí esto en la semana cuando pensaba en ella, “Cuánto se reduce mi dolor cuando pienso que no existen las personas como tú, que a través de ti no me rechazan todas las personas como tú, porque no existen. Cuánto se reduce mi dolor cuando pienso que solo eres tú, solo tú me rechazas. Quién sepa que ahí esté mi forma de dejarte de sufrir, en lo mismo que me hizo enamorarme de ti, verte como única”.

Cincuenta y ocho

Sesión con Darío: Cenizas.

- Me dijo —comentó, empezando a reír—, “Donde hubo fuego cenizas quedan”.
- Veo que te ríes —expresé, riendo ligeramente también—.
- Es que esa expresión implica más que un llamado a volver al romance.
- ¿Qué más implica?
- En la expresión «Donde hubo fuego cenizas quedan», el fuego representa la pasión romántica y la frase completa desea dar a entender que, aunque se haya apagado ese fuego, existe aún una pasión oculta, pequeña, algo menudo que arde. Pero... las cenizas no arden, son polvo muerto. Pienso que justamente eso es lo que significa en verdad la frase, el deseo obstinado de querer empezar un fuego desde aquello que no tiene nada que pueda arder. Eso me da risa.

Cincuenta y nueve

Sesión con Fidel: Hartazgo.

- Me harté. Me di cuenta que jamás iba a lograr convencerla y no era mi deber hacerlo. Empezó a decirme todo aquello que sabía que podía doblegar mi decisión: que seguro yo iba a verla por interés, que seguro no era real lo que le brindaba, que era igual a todos los que se acercaron a ella por otras razones,

que me estaba comportando como niño. Todo ante lo cual sabía que yo normalmente contestaría refutando para no sentir culpa.

- ¿Qué hiciste ante eso?
- Esta vez lo acepté todo. Ante cada cosa solo le dije “Está bien. Acepto si lo vez así”.
- ¿Cómo lo tomó ella?
- Intentó seguir con su manipulación. Me dijo que no era como lo veía ella, que eso era lo real. Dijo que yo le estaba demostrando todo lo que ella mencionó. Pero ya no le funcionó. Entendí que justo ella trataba que yo intente convencerla de lo contrario, para yo mismo reafirmar el argumento que a ella le convenía. Lo entendí en ese mismo segundo. Usted sabe que yo puedo ver el rostro de alguien y darme cuenta de lo que está pensando; noté que mientras ella me decía todo, no lo creía, era una artimaña.
- Sí, reconozco que eres muy bueno leyendo las expresiones. Demasiado bueno, en verdad. ¿Cómo continuó todo?
- Pasé de aceptar todo como la forma de verlo de ella a aceptar todo como la realidad. Sabía que no lograría nada dándole la contra, pues lo que me movía era la culpa de fallarle a alguien y en verdad no tenía esa culpa. Todo estaba en el vínculo que había creado con ella. Ese vínculo se formó con fuerza en mi deseo de no sentir culpa. Acepté todo como si fuera real: “Sí, está bien. Tienes razón, soy todo lo que dices en verdad e hice todo por los motivos que dices. Es cierto”, le expresé.
- ¿Cómo lo tomó?
- Empezó a llorar. Creo que por primera vez alguien encontró la falla en su manipulación. Al fin alguien tenía su eslabón débil y lo estaba rompiendo. Alguien, en vez de querer defenderse frente a ella, aceptó todo. Su poder no radicaba en su ataque sino en la forma de defenderse del otro. Si el otro no se defendía, ella ya no tenía poder.

Sesenta

Sesión con Ernesto: Cambio.

- ¡Es que no entiendes!
- ¿Qué consideras que no entiendo?
- Es que estoy cansado de ellos. No saben cuánto me costo. Ni se imaginan cuánto he cambiado y me siguen tratando igual.

- Comprendo que estás esperando que ellos te traten acorde al cambio que has tenido y que refieres que “ni se imaginan”. ¿Cómo así ellos no logran percibir ese cambio en ti?
- Creo... —contestó, mirando en vacío, como viéndose— que frente a ellos me sigo mostrando igual que antes.

Sesenta y uno

Sesión con Mónica: Matemáticas.

- ¿Contrario a las matemáticas, no? —continué, con una ligera sonrisa.
- Ja, ja, ja. Sí, con él más era menos. Conquistar algo más de su afecto me hacía sentir que tenía menos. Supongo que por la sensación de miedo e inestabilidad. Mientras más él me daba, más me hacía notar que eso que me estaba dando no era únicamente para mí. Sentía que me daba lo que no me pertenecía y eso lo hacía ser menos.

Sesenta y dos

Sesión con Adán: Mal menor.

- Hay países donde en cada elección presidencial la población vivencia la angustia de que las opciones les presentan a un candidato malo versus un candidato aún más malo. La población termina eligiendo al mal menor.
- Sí, he visto en noticias que es común que suceda eso en varios países —indiqué.
- Me da vueltas en la cabeza hace días, cómo habrá sido el contexto en tiempos bíblicos, ¿qué pensaban los hombres de lo que veían y se enteraban? Ahora nosotros tenemos una concepción de la historia bíblica desde lo que nos han enseñado, pero en ese tiempo, en que nadie había influido en el pensamiento tratando de determinar quién era el bueno y quién el malo previamente, en lo que refiere a Jesús, ¿cómo pensaría la gente? ¿Qué sentían todos respecto a Jesús y sus ideas?, porque en un momento al pueblo lo hacen decidir: ¿¡Jesús o Barrabás!?, y entiendo que eligieron al mal menor.

Sesenta y tres

Sesión con Paola: Ahora.

- Interpreto tu postura como de calma.
- Es así. ¿Recuerdas que te dije que me angustiaba sentir que estaba como en una carrera donde todos ya iban delante de mí?
- Sí, lo recuerdo.
- Sentía que la vida era como una película, esas donde al inicio hay un conflicto, luego un clímax y al final un desenlace donde la persona triunfa. Ese desenlace reivindicaba el sufrimiento que tuvo la persona en tooodo el trayecto. Como si ese sufrimiento tuviera valor porque al final había algo grandioso.
- Recuerdo que mencionaste todo eso. ¿Se relaciona con la calma que tienes ahora?
- Totalmente, pero porque entendí que la vida no es así. Tú me dijiste acabando la sesión pasada qué imaginara cómo era la vida de los personajes de esas películas luego del final. Eso me desconcertó. Imaginé a los personajes seguir sus vidas luego del final y entendí que la vida no es como una película, todo es un ahora que no pertenece a una trama y menos aún hay un orden cósmico que haga que ese ahora sea parte del proceso de un futuro final triunfante. El mismo triunfo, si sucediera, sería también solo un ahora en ese momento. El único momento donde todo concluirá es en el momento de mi muerte y concluye para mí desde mí, pero sigue para los demás. Mi muerte para los demás será un ahora como otros ahora.
- ¡Wow! —dije, abriendo los ojos con sorpresa—. Entiendo lo que mencionas, pero aún no capto cómo se relaciona con la calma que tienes en estos momentos.
- Es que ya no corro, estoy disfrutando el ahora. Ya sé que la vida no es una película.

Sesenta y cuatro

Sesión con Dora: Poder.

- Creo que en verdad es fácil, lo puedo hacer, sino que yo no presto atención.
- No entiendo ¿solo puedes hacer aquello que es fácil?

Sesenta y cinco

Sesión con Eliana: Identidad.

- ¿Por qué —añadió, empezando a llorar— no puedo ser triste como los demás? Sin que con cada dolor se me derrumbe hasta la identidad. Todos lloran, se frontan el rostro y se secan las lágrimas. Yo lloro y cuando quiero secar las lágrimas no encuentro mi rostro.

Sesenta y seis

Sesión con Korina: Pacto.

- A muchos los veo molestos y hasta ofendidos cuando ven a alguien dudar de la fidelidad de su pareja, sospechar de que su pareja pueda estar haciendo algo en contra de la confianza de la relación, pero ¡uuuuyy!, dales un contrato de servicios, por el cual van a invertir mucho dinero y dudan de todo, buscan antecedentes de todo. Luego, cuando ya se pactó el contrato, están atentos a que todo se haga conforme lo acordado, que se cumpla lo prometido y, si algo se ve extraño o sospechoso, piden al instante explicaciones; y ahí sí no está mal, eso sí a nadie le parece mal.
- Pero en las relaciones de pareja se habla de amor —indiqué.
- ¿Acaso cuando empiezo una relación de pareja lo que estoy pactando con la otra persona es amarnos o gustarnos? Lo que pacto es justamente un contrato donde hay reglas que cada uno debe seguir por acuerdo mutuo. ¿O usted lo primero que escucha cuando alguien le cuenta que sospecha de una infidelidad de su pareja es a la persona diciendo “me dejaron de amar”? La persona se pone a pensar si la aman o no luego. Es más, puede terminar considerando que sí la aman. Lo que sospecha es que le fueron infiel, que no cumplieron con el compromiso pactado. Eso es lo que la mayoría de personas no entiende, que las relaciones se sostienen más allá del amor, se sostienen en el compromiso, ese pacto entre dos.

Sesenta y siete

Sesión con Estefany: Grecia.

- Entonces nos vemos la siguiente semana, Estefany. Justo que hemos acabado un poco antes voy a aprovechar para ver mi agenda. No recuerdo si hoy tengo una sesión más.
- Supongo que sí, afuera estaba Adán cuando llegué.
- Sí, cierto. Lo tengo anotado.

- Seguro le hablará de la Biblia. Es lo único de lo que habla, creo.
- ¿Te ha hablado de religión?
- Sí, un día tuve que esperar un rato a su lado y empezamos a conversar. Me habló sobre Jesús.
- ¿Qué le dijiste sobre lo que te habló?
- Le di mi opinión en cuanto a la “sabiduría” que muestra la Biblia sobre Jesús. Le dije que era fácil parecer hábil entre los novatos y sabio entre los ignorantes; que si Cristo hubiera nacido en la Grecia de Sócrates, o de Diógenes, de Platón, o de Aristóteles, se lo hubieran comido vivo. No literalmente, claro. Lo hubieran hecho quedar en ridículo. Dios supo dónde mandar a su hijo para que destaque y pueda dejar lo que dejó.

Sesenta y ocho

Sesión con Adán: Manzana.

- En Juan 14:6, Jesús dice “Yo soy el camino, la verdad, y la vida”. Considero que ahí da a entender su misión; Jesús representa la manzana que es devuelta al árbol, la cruz; regresando al hombre a su etapa anterior, a la ignorancia, a la religión.
- No entendí muy bien lo de que Jesús es la manzana devuelta al árbol —expresé.
- La cruz es una simbolización del árbol del Eden. Cuando Jesús es clavado a la cruz, se está devolviendo la manzana al árbol, volviendo a la etapa anterior de ignorancia.

Sesenta y nueve

Sesión con Mario: Individualidad.

- Estuve tomando unos tragos ayer con mi amigo, el que estudia Filosofía.
- Ajá —dije, acentando, como invitándolo a que continúe.
- Me dijo que en filosofía se dice que no existe una verdad absoluta. Sumó que es debatible, claro, pero eso lo relacioné con algo más que me había dicho hace tiempo, que la persona en verdad nunca tiene un contacto con la realidad, que siempre nuestra subjetividad está de por medio, y con algo que tú me dijiste, que es el mismo paciente quien llega a obtener sus verdades, porque el terapeuta solo le ayuda a esclarecer todo.

- ¿Cómo relacionaste todo?
- Deduje que en terapia el paciente no sale viendo mejor la realidad sino con una verdad que le es más sana y, si esa verdad no se la da el terapeuta sino que es el mismo paciente quien llega a encontrarla, significa que hay algo en cada uno que sabe lo que es sano. Me asusta un poco eso, porque yo he leído mucho sobre los personajes sabios, iluminados, de la historia y es curioso que todos ellos parecen llegar a conclusiones similares sobre la vida. Me asusta pensar que todos podríamos llegar siempre a las mismas verdades si nos esclarecemos. ¿Dónde quedaría la individualidad?
- También me he preguntado eso.

Setenta

Sesión con Jhon: Callar.

- Cuando converso con una chica, jamás menciono alguna característica que tienen algunas mujeres y que me gusta, pero que considero que la chica con la que hablo no la tiene. Siento que la lastimaría.
- ¿A ti te lastimaría que una chica mencione una característica que le gusta de algunos hombres y tú no tienes?
- Sí.

Setenta y uno

Sesión con César: Gigantes.

- Caminar a hombros de gigantes —expresé.
- Es peligrosos eso —mencionó César.
- ¿En qué forma es peligroso?
- Esa frase es polpular y grandes pensadores como Newton en la física y Viktor Frankl en la psicoterapia la han mencionado. Es cierto que sobre los hombros de un gigante miras más lejos, pero si no te bajas en algún momento, jamás podrás avanzar excepto hacia donde avance el gigante.

Setenta y dos

Sesión con Alan: Alma.

- Soñé con un documental que estuve viendo antes de dormir, era sobre los primeros humanos. Soñe que yo era como un fantasma, veía sin ser visto y flotaba por un campo enorme, buscando algo pero no sabía qué. En un momento me encontré con un hombre primitivo; yo lo veía y sabía lo que pensaba. Él cubría sus ojos comprobando que así no podía ver. Luego cubría sus oídos comprobando que así no podía escuchar. Después cubrió su nariz y boca comprobando que así podía evitar las sensaciones de esas áreas. Finalmente, vi cómo frustrado intentaba cubrir toda su piel para no sentir con ella. Sin embargo, era imposible, sentía todo aquello con lo que intentaba cubrirla. Yo seguía viendo hasta que en un momento empecé a despertar y ligeramente pude escuchar una voz que exclamó “la piel es como el alma”.

Setenta y tres

Sesión con Jessi: Abrazo.

- Quién no ha pedido un abrazo queriendo dejar de lado la propia verdad y la verdad del otro, como deseando que el abrazo responda a algo en medio de ambos que posee una verdad más grande, que aquellos que se abrazan no conocen.

Setenta y cuatro

Sesión con Ítalo: Ignorar.

- Le reclamaba todo el tiempo que me ignoraba sin tomar en cuenta que dentro de ese reclamo incluía la idea de que ella evitaba mi presencia teniéndome presente. Si, por ejemplo, ella no contestaba mis mensajes, asumía que lo hacía pensando en no contestarlos. De pronto me pregunté, ¿y si no me ignora con una intención de hacerlo, sino que mi presencia no tiene ninguna importancia para ella?

Setenta y cinco

Sesión con Dufré: Crueldad.

- Me da la impresión —dije, luego de escuchar a Dufré repetir de nuevo una temática común en sus diálogos— de que estuvieras basando muchas de tus decisiones en una constante búsqueda de evitar ser, considerarte, cruel y malo. Que, de hecho, es algo que he notado antes en tu discurso. Como si ser cruel y malo fueran dos aspectos o formas de ser que en ti estuvieran vetadas a fuego. Claro que... entiendo que la mayoría de personas no quieren verse a sí mismas como malas o crueles. Sin embargo, en tu diálogo noto que constantemente deseas dar a entender que en ti eso está totalmente prohibido.
- Sí, sí sucede eso —afirmó Dufré—. Muchas veces me he preguntado ¿por qué yo no puedo ser malo con alguien? ¿Por qué yo no puedo ser cruel? Ser cruel y malo por serlo, sin justificación.
- Te propongo algo.
- Dime —contestó Dufré sollozando—.
- No exploremos las respuestas a esas preguntas, sino por qué te haces esas preguntas; qué genera que eso te esté causando preocupación.

Setenta y seis

Sesión con Luís: Conclusión.

- Me estuve cuestionando toda la semana.
- ¿Respecto a qué? —pregunté.
- A que si es o no mi vocación.
- ¿A qué conclusión llegaste?
- A que... —hizo un silencio con la boca abierta, mientras le temblaba ligeramente la mandíbula, como a punto de decir algo— No, no llegué a ninguna. No sé.
- En todo caso, cambio la pregunta, ¿a qué conclusión no querías llegar?
- Más bien, a qué conclusión me hubiera gustado llegar...
- ¿No llegaste a esa conclusión que te hubiera gustado?
- En verdad no quise llegar a una conclusión, por no llegar a una que no me guste.

Setenta y siete

Sesión con Liliana: Naturaleza.

- Es como esa vieja interrogante de si el hombre es bueno o malo por naturaleza. Me pregunto..., si yo hubiera nacido y logrado sobrevivir totalmente sola desde mi nacimiento, sin contacto con nadie, sin “sociedad”...
- Y te encontraras con otra persona en iguales condiciones —continué, interrumpiendo lo que iba a decir Liliana—, ¿cómo haría cada uno para determinar si el otro es bueno o malo por naturaleza?
- No me había puesto en ese escenario —expresó con un gesto de asombro.

Setenta y ocho

Sesión con Felícita: Tormento.

- Me atormenta el tiempo. Por ejemplo, hoy, a las 2:50 estaba en un restaurante para almorzar. Esperaba que me traigan el plato de fondo. Estaba sola, con una casaca azul y me empecé a preguntar, ¿dónde estaré diez años más adelante?, ¿qué tanto habré pasado?, ¿qué sorpresas habré tenido? ¿Estaré? Dentro de diez años, si sigo viva, ¿qué diré sobre los diez años que he pasado?
- ¿Hace diez años, hubieras logrado saber lo que piensas hoy sobre los últimos diez años? —pregunté.

Setenta y nueve

Sesión con Bethzabet: Perdón.

- Fue bueno que él se vaya. Claro que no significa que su intención al hacerlo fue que yo obtenga de eso buenos resultados.
- Entiendo. ¿Y cómo vivencias ahora lo que sucedió?
- Lo perdoné. Entendí que se perdonan también los errores que uno jamás ha cometido. Cada persona se puede equivocar de forma diferente. Si se perdona solo lo que uno mismo hizo o haría, no se está perdonando al otro, se equilibra una propia culpa.

Ochenta

Sesión con Víctor: Otra persona.

- Gracias —agregó, mientras empezaba a llorar—. Con usted no solo sentí que yo hablaba con otra persona, sino que sentí que usted sentía que hablaba con otra persona. Me hizo recordar que existo.

Ochenta y uno

Sesión con Gianfranco: Identidad.

- ¿Cómo en el cuento del patito feo?
- No. Ese cuento corre de boca en boca con una mala interpretación y ni si quiera lo que le voy a decir es algo que yo haya deducido, lo encuentra en cualquier parte de internet: El patito no se transformó. No era un patito, el cuento lo dice, siempre fue un cisne.

Ochenta y dos

Sesión con Adán: Mirar.

- Me pregunto si el hombre, antes de que Dios aparezca, cuando tenía problemas, ya acostumbraba a mirar al cielo, como pidiendo ayuda, ¿o empezó a hacerlo luego de que apareció Dios? ¿Dios fue la justificación para mirar al cielo cuando se tenía problemas o mirar al cielo fue la justificación para crear un ser que esté ahí arriba? Tal vez ya se miraba al cielo, hablándole, antes de que exista Dios y tanto le habló al cielo el hombre, que empezó a darle forma, vida. Pensó en Adán, echado en el suelo, con el rostro hacia el cielo, sintiendo el viento y pensando “Dios me ha dado vida con su soplo”, mientras era él quien le daba vida al cielo.

Ochenta y tres

Sesión con Ximena: Cuerpo.

- Cómo no voy a buscar que me amen por mi cuerpo si, desde que el ser humano piensa, parece estar reafirmando que el cuerpo es lo único propio en nosotros.

Ochenta y cuatro

Sesión con Piero: Dormidos.

“Ja,ja,ja. Nada. Cuando yo nací todos los dioses estaban dormidos”. Eso había mencionado Piero una sesión antes. Yo tontamente asumí que era un pensamiento depresivo, equivalente a los de algunos poetas que dicen cosas similares refiriendo que dios, la vida, el mundo, los ignora desde siempre, que no son vistos y a nadie le interesa sus vidas. No era así con Piero. Empecé esta nueva sesión hablando de aquello y agregé Piero algo que me fue inesperado.

- Sí, claro —dijo Piero—, cuando yo nací los dioses estaban dormidos. A mí nadie me creó, nací como ellos, de la nada, soy uno más de ellos. Soy un dios más.

Ochenta y cinco

Sesión con Milena: Nieto.

- Me da curiosidad pensar en usted como paciente.
- ¿Cómo así?
- Es algo que acostumbro pensar, ¿cómo se sentirá mi terapeuta siendo paciente?, ¿cómo se sentirá mi profesor siendo alumno?, ¿cómo se sentirá mi abuelo siendo nieto, recordando a su abuelo?, ¿cómo se sentirá mi papá siendo hijo?

Ochenta y seis

Sesión con Alexandra: Totalidad.

- Nunca he vivido la totalidad de nada. La vida siempre me dio las cosas a medias; como una probadita de lo mejor y una probadita de lo peor en cada ocasión.
- Si todo lo que te sucede tuviera una intención, ¿cuál consideras que sería?
- Hacerme sufrir. Darme una probadita de lo mejor, para frustrarme deseando tener todo. Darme solo una probadita de lo peor, para aún tenerme de pie y hacerme sufrir más.

Ochenta y siete

Sesión con Abigail: Coludidas.

- Yo sé que me hiere demasiado —dijo llorando—. Hasta me odio por amarla. Me odio porque mi mente se distorciona y empieza a pensar que yo tendría que cambiar mi identidad para ser totalmente lo que ella desea, y a mí me gusta ser quien soy —agregó, intensificando su llanto y agudizando la voz, mientras su labio inferior sobresalía, como en un puchero de niña—. Es como si mi mente estuviera coludida con ella, para pensar en función de su beneficio y no el mío. Hasta cuando me daña, cada vez de forma peor a la anterior, mi mente se preocupa en responder ¿ahora cómo haré para perdonarla?

Ochenta y ocho

Sesión con Patricio: Tumba.

- Decidí no intentar más dejar de amarla, porque me di cuenta que no puedo, con todo lo que significa para mí. Decidí dejar de poner en pasado cada palabra referida a lo que siento por ella, porque sé que son sentimientos que no han pasado. ¿Recuerda que le comenté que en un grupo de terapia me habían preguntado sobre el vacío que sentía desde que se fue ella?
- Sí, sí lo recuerdo. Recuerdo que me contaste sobre lo que pasó ese día y que no deseabas hablar de lo que respondiste a esa pregunta.
- Es porque me hacía sentir mal recordar la respuesta. Me preguntaron ¿vacío de qué está el vacío que sientes? y me dio terror darme cuenta de qué está vacío. Respondí que ese vacío es vacío de ella. No es vacío por soledad, vacío por falta de amor propio, ni generado por un conflicto no resuelto de niño. Es vacío de ella. Nada encaja, nada lo llena, nada lo cubre. Seguiré vacío, lo sé, por eso he decidido seguirla amando. Adornaré el vacío, lo limpiaré, diariamente iré a hablarle, pondré flores en el borde, lo cuidaré. Así como las personas cuidan las tumbas de sus muertos amados, porque una tumba es eso: un lugar donde está lo que falta.

Ochenta y nueve

Sesión con Allison: Alma.

- No existe el alma. El alma no es más que una invención del cuerpo, en su afán de tener algo que poseer a cada instante.

Noventa

Sesión con Ana: Creencias.

- ¿Hiciste la lista de creencias que te invité a hacer? —pregunté.
- Sí, sí la hice —respondió, mientras buscaba algo en su bolsillo—. Acá está. ¿La leo?
- Sí, podemos hablar hoy de lo que has anotado en la lista. Si deseas, claro.
- Justo te iba a pedir eso, porque mientras iba anotando me llamaron la atención algunas creencias y quisiera saber de dónde las aprendí. Mmm... —expresó, mientras acomodaba el papel—. Anoté esto como creencias que tengo: Si las habilidades no se usan, se están desperdiciando y eso, el desperdiciarlas, genera que el universo las quite de la persona; un amigo tiene que ser incondicional; un amigo no se puede equivocar; no ayudar a alguien con algo con lo que se le puede ayudar hace mala a la persona; siempre, esto es más personal, tengo que elegir entre lo intelectual y lo que no considero intelectual, y al elegir uno perderé en mí lo otro; ser útil para alguien hará que esa persona se empiece a enamorar; siempre, esto también es personal, estoy dando muy poco a cambio, por eso tengo que compensar al otro de alguna forma por lo que me da.

Noventa y uno

Sesión con Homero: Sara.

- ¿Sabes bastante sobre ocultismo, no?
- Sí, sé cosas que incluso no aparecen en ningún libro, ni en internet. En uno de los primeros cuentos que escribí recopilé parte de todas esas cosas que sé, para que no se pierdan en el tiempo.
- Me gustaría leer ese cuento —contesté.
- Lo tengo en mi correo. Si desea, se lo paso ahorita. Creo que luego de mí tiene unas horas libres, ¿no? No es tan largo, podría acabar el cuento en ese tiempo.

Al irse Homero ya me había pasado el cuento; se titulaba *Sara* y el contexto de la historia era la conversación entre un psicólogo y una paciente, Sara, en las áreas verdes de un centro psiquiátrico. Pedí permiso a Homero para poder escribir en este libro la historia tal cual él me la entregó. Homero me dijo que lo que más deseaba era que los datos del cuento, los cuales son reales, no se pierdan, que

bastaba con que hiciera mención de que el cuento es de él, bajo su seudónimo en este libro.

Homero relató así:

En la lista decía que en un área verde con árboles podría encontrar a la paciente. Pasé una construcción de un piso y choqué con el área verde con árboles; era un campo, casi del tamaño de uno de fútbol, inclinado hacia la parte de atrás del lugar. Había unos diez o quince árboles grandes. Las sombras oscurecían el campo haciendo que debajo de los árboles parezca ser tres o cuatro horas más tarde de lo que era. Caminé unos pasos hacía dentro. Tenía miedo. ¡Doctor!, escuché que gritaron detrás de mí. Volteé y quedé frente a una mujer muy anciana, vestida con una túnica negra y de cabellos largos. Tenía la tez pálida y era de mi talla más o menos, un metro sesenta y seis. ¿Tú eres?... , empecé a leer la lista. ¡No, no! No lea mi nombre, dijo ella abriendo mucho los ojos. Esa mirada, la «mirada del loco», el llamado sanpaku superior, un síntoma prodrómico, que después me daría cuenta que era un síntoma como tal. Acercó la cabeza y miró mi lista con desesperación. ¡Sí, sí!, soy ella, la de las iniciales M. M. R. ¿Y cómo deseas que te llame si no es por tu nombre?, le pregunté.

- Sara de Ecbátana.
- Sara de Ecbátana —repetí—. ¿La que pudo tener esposo gracias a la intervención del arcángel Rafael?
- ¡Sííí! ¡Ella, ella! Usted es la primera persona que conoce mi historia. La conoce, ¿no?
- Aparece en la Biblia —contesté—, en el libro de Tobías. Una mujer llamada Sara, de un lugar llamado Ecbátana, no podía consumir matrimonio pues un demonio asesinaba a cada esposo en la noche de bodas. El arcángel Rafael fue enviado por Dios para enseñarle al futuro esposo cómo ahuyentar al demonio. Rafael le dijo que en la noche de bodas tire sobre las brasas del perfumador de la habitación, el corazón y parte del hígado de un pez, pues si eso se hace ante un hombre o mujer atormentado por un espíritu maligno, este espíritu se va para siempre.
- Así pude consumir mi matrimonio —agregó Sara—. Por eso, mire, mire, acá llevo siempre una medalla con la imagen de San Rafael.
- Sí, veo que llevas muchos accesorios: un Ojo de turco, una Mano de Fátima, una medalla de San Benito.
- ¿Le gusta el, el, el misticismo, la magia, doctor?
- Leo de todo, por eso conozco los accesorios que llevas.

- ¿Ha leído a Eliphaz Levi?
- Sí, hablaba de la Biblia explicando la magia alrededor de sus historias.
- Es que en la Biblia hay conjuros, doctor. Solo que nadie los considera así. Hay oraciones que hacen que lo que se pida suceda, como en Mateo, 18...

Antes de referir la cita completa, la mujer empezó a mirar, nuevamente con los ojos muy abiertos, alrededor de ella, como persiguiendo algo que corría. Estaba muy asustada. Se pegó de espaldas contra uno de los árboles y alzando un pie tras otro, como intentando no tocar el suelo, empezó a repetir “Gabriel, José Antonio, Gabriel, José Antonio, Gabriel, José Antonio”. Por todo lo conversado hasta ese momento, consideré que se refería a Gabriele Amorth y José Antonio Fortea: dos de los máximos exorcistas del Vaticano; el primero ya muerto. Esto duró treinta segundos, tras lo cual, desesperadamente, metió su mano por el cuello de su túnica y sacó una pequeña Biblia y empezó a buscar una página. «El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del omnipotente...», leyó. Era el Salmo 91, el que se usa en el ritual de exorcismo de la iglesia católica. Esto pareció «funcionarle». Tras dos minutos, levantó un poco la cabeza. No me había dado cuenta, estaba llorando. Me acerqué lento. Sara..., toma; le di papel. ¿Qué eran?, pregunté. Espere, doctor, respondió. Abrió dos frasquitos que colgaban de una de sus pulseras. De uno roció un líquido transparente alrededor de nosotros dos y del otro roció algo que parecía sal. ¿Es agua vendida?

- No, es agua exorcizada y sal exorcizada —contestó Sara—. Es lo que se usa, junto a la medalla de San Benito y el Salmo 91, en el antiguo ritual romano de exorcismo, doctor. El agua bendita bendice, no aleja.
- ¿Y cómo los conseguiste?
- Tengo muchos frasquitos. Los llené con lo que recogí del piso y exprimí de mi ropa hace años. Antes que yo entre acá, me llevaron con un exorcista que practicaba el antiguo ritual.
- ¿Cómo así?
- Mis hijos son malos, doctor. Yo leía cartas en mi casa. Tenía mis cartas de Marsella. También era santera, la mejor. Por ejemplo, si usted iba a mi consulta, yo le podía decir qué día, dónde, cómo, se encontraría con alguien importante en su futuro. Le decía hasta el nombre de la persona. Yo aprendí a leer cartas de mi abuela, ella era la mejor en su pueblo. Si llegaba a mí alguien que estaba mal, yo lo curaba ese mismo día. Un día, era lunes, tenía que ir al cementerio a buscar una planta que necesitaba para una curación. Era para una clienta que quería dejar de amar a un hombre. Le iba a dar un preparado que hace que se deje de amar. También la iba a ayudar a bajar de peso, porque ese preparado

también cura la obesidad y, si la persona tiene epilepsia, igual la cura. Cuando volví, una vecina me dice «Sara, tus hijos han botado tus cosas. Ya se las llevó el basurero». Corrí a la casa, estaban con el párroco en la sala. Ni los saludé y entré rápido a mi cuarto. Habían botado todo. Cuando tocaron mi puerta me encerré en el baño. Ahí me dijo mi abuela que el cura había encontrado, debajo de una banca de la iglesia, la Mano de gloria que yo dejé ahí. Que una chismosa le había dicho a él que me vio cuando la puse.

- ¿Eso hace cuánto pasó?
- Un año antes que yo venga acá. Hace cuatro años.
- ¿Tu abuela vivía con ustedes?
- No, no. Mi abuela se aparecía como luz en mi baño, siempre. Yo hablaba con ella.
- Ah, ya. ¿Y qué es la Mano de gloria?
- Es como un amuleto. Se hace con la mano de una persona que ha muerto ahorcada. Se le corta la mano cuando aún está ahorcada. Se hace como una vela con la mano, grasa humana y cera virgen: cera que no haya sido usada en otra vela. La mecha se hace con parte de la cuerda de la soga con la que fue ahorcada la persona.
- ¿Y dónde conseguiste a alguien ahorcado? Ya no ahorcan personas.
- En la sierra. Tenía un amigo que a varios nos conseguía todo eso. Ese cuento de la sierra, de un monstruo que mata a las personas y les saca la grasa, el pishtaco, es cierto. La gente piensa que es mentira, pero... no es ningún monstruo; son personas, como sicarios. Los contratan las grandes empresas internacionales para conseguir grasa humana. Las maquinarias industriales necesitan grasa para sus engranajes y la grasa humana es la que mejor sirve para eso. En la sierra hay lugares donde la gente sabe quién es el que hace eso, el que mata, y saben que si se encuentran a solas con él por el camino los cazarán para llevarse su grasa. Allá no hay policías, las cosas funcionan por costumbres.
- ¿Cómo les quita la grasa?
- Primero secuestra a la persona, la desmaya de un golpe y se la lleva al cerro. Ellos tienen siempre una cueva donde hacen todo. En la cueva le cortan la cabeza a la persona y la cuelgan de los pies. Dejan que chorree toda la sangre, como cuando matan a un pollo y cuando ya solo caen gotas de sangre, ponen un balde debajo. Alrededor del balde ponen cirios, esas velas grandes, encendidos. Los cirios calientan el cuerpo lentamente; eso genera que poco a poco caiga la grasa. Luego venden esos baldes de grasa a las empresas. Pero, a

pedido de dos o cuatro brujos, en vez de hacer lo acostumbrado, ahorcan a la persona, un varón. Lo atrapan, lo llevan a la cueva, lo desnudan y lo ahorcan.

- ¿Por qué desnudo?
- Aaah, porque el ahorcado se excita antes de morir y eyacula. Donde cae su semen crece, a veces, una planta.
- ¿A la que le dicen mandrágora?
- Esa. Es demasiado buscada. Crece ahí donde cae el semen del ahorcado, también en los cementerios.
- Verdad, ¿por qué tiene que ser un ahorcado?
- Las partes del cuerpo del ahorcado, lo que sale de él, todo, tiene más poder para lo que se use.
- Me llama la curiosidad eso, Sara, porque recuerdo haber visto en un documental, que en la antigüedad las personas temían morir ahorcadas, más que de cualquier otra forma, porque creían que el alma salía por la boca antes de morir y por lo tanto, si eras ahorcado, tu alma se quedaba en tu cuerpo y no podría ir al purgatorio y menos al cielo. Algo similar creían los griegos; pensaban que la persona al nacer inhalaba un primer aliento que se quedaba toda la vida dentro de ella. A ese aliento lo llamaban psyché, que era como el alma. Esa palabra provenía de psycho, que significa «aire frío». De ahí viene la palabra psique, relativo a mente y a psicología. Se decía que al morir la persona, ese psyché o psycho salía del cuerpo por la boca en forma de mariposa. Cosa que en un ahorcado no sucedía, claro. Retrocediendo un poco... ¿qué sucedió ese día, del cura y tus hijos?
- Salí del baño cinco horas después, doctor. El párroco se había ido. Discutí con mis hijos. Me dijeron que estaban horrorizados porque yo había metido a la iglesia la mano de un muerto.
- La Mano de gloria que me dijiste, pero ¿en verdad la habías dejado en la iglesia?
- Es que se tiene que dejar en una iglesia durante toda una noche, es parte del ritual para hacerla. La llevé a la iglesia, fingí rezar arrodillada y con unos chinches y pitas la dejé atada debajo de una de las bancas.
- Pudiste haber tenido problemas no solo con el párroco, también legales, por tener en tu poder partes de un cadáver.
- Sí, mis hijos me amenazaron con eso. El párroco les dijo que, o iba a que me vea un exorcista de la iglesia o me denunciaba. Ahí es que estuve un año yendo cada semana donde el exorcista. Luego ya no quise. El párroco habló con mis hijos y me denunció. Me hicieron un juicio, pero no me mandaron a la cárcel, me mandaron acá.
- ¿Cuánto llevas acá?

- Tres años.
- ¿Tu abuela te sigue hablando?
- No, no me habla. A veces la veo irse por entre estos árboles; la llamo, pero no viene. Está molesta.
- ¿De qué está molesta?
- Ella me decía siempre que me extrañaba, que cuando yo muera estaría con ella. Durante uno de los exorcismos yo hablé con ella, apareció en la habitación. Le confesé que yo tenía metido un santolín en el cuerpo.
- ¿Qué es eso?
- Es un amuleto que se mete debajo de la piel. Yo lo tengo acá, mire, mire.

Sara acercó su cabeza a mí y frotando con el dedo su frente me dijo que ahí tenía metido el amuleto.

- Le dicen santolín o santolino. He escuchado que en México tienen algo similar, vinculado a la Santa Muerte, no sé si es lo mismo. También en otras partes hay un ritual que se llama “los niños en cruz”, que sirve para lo mismo que el santolino.
- ¿Y para qué sirve? ¿Por qué a tu abuela le molestó que lo tuvieras?
- Porque ella quería que yo vaya con ella al morir y este amuleto impide que la persona que lo tenga metido muera.
- ¿Cómo lo conseguiste o hiciste?
- Era de un familiar mío. Él también lo llevaba en la frente. Un día lo intentaron matar, le dispararon como diez balas y nada; entonces lo agarraron y le cortaron la cabeza. Dicen que su cuerpo estaba tirado en el suelo y su cabeza, unos metros lejos de su cuerpo, gritaba e insultaba a los hombres que lo atacaron. Uno de esos hombres sabía del santolín y se acercó a la cabeza, la revisó mientras seguía gritando. En la frente de mi tío encontró metido el amuleto. Cortó la piel con un cuchillo y cuando sacó el santolín la cabeza dejó de moverse. Los hombres agarraron el amuleto y lo lanzaron a la casa de mi tío y la quemaron. Yo fui y busqué entre lo quemado el amuleto. Lo encontré casi por la tarde.
- Nunca había escuchado de ese amuleto —contesté—, aunque, nuevamente me llama la atención algo histórico. El primer hombre que recibe el poder de la iglesia católica de manos de otro hombre, o sea, el sucesor de Pedro, se llamaba Lino y es considerado santo; Santo Lino, santolino. No sería raro que algo tenga que ver con él o con algo de él ese amuleto. Durante la historia, varios religiosos católicos han estado vinculados con esos temas.

- Lee mucho usted, doctor. Es la primera persona que no me mira como si todo lo que yo dijera fuera inventado, como si hablara un idioma desconocido. A veces pienso que así debió sentirse Jesús, cuando no le creían que era el hijo de Dios.
- Con Jesús fue distinto. Lo que sucede es que la gente dudaba de él porque no era el único que se había presentado con las características que tenía. Había, incluso al mismo tiempo que él, otros hombres que decían ser los hijos de Dios. Inclusive, hacían milagros, tenían discípulos, habían nacido de vírgenes, todo similar. Uno de ellos es mencionado en la misma Biblia, Simón el mago, en Los hechos de los apóstoles. Para las personas de la actualidad parece asombroso que leyendo todo lo que la Biblia menciona que hacía Jesús la gente de ese tiempo dudara, pero para esa época no era raro ver esos sucesos. Además, en aquel tiempo la ciencia no existía como tal. Algo como un milagro nos parece asombroso, en parte, porque contradice a la ciencia. En la época de Cristo, no habiendo ciencia, un milagro no era visto como algo tan imposible.
- Usted ha leído toda la Bi...

Otra vez Sara cortó su respuesta. Miró en vacío, como sintiendo algo. Puso la mano derecha delante de ella, con la palma hacia arriba; cerró todos los dedos dejando estirado solo el índice. Exactamente en el centro de la huella del índice cayó una gota. Extraño. Luego de cinco segundos, justo sobre la gota que aún seguía en su dedo, cayó otra gota más. Con ambas gotas, que ahora eran una sola gota más grande frotó su frente, sobre donde dijo tener el santolino. Empezó a llover.

- Génesis 1, 6 – 7: «Dijo Dios: “Haya un firmamento en medio de las aguas y que separe a unas aguas de otras.” Hizo Dios entonces el firmamento separando a unas aguas de otras, las que estaban encima del firmamento, de las que estaban debajo de él. Y llamó Dios al firmamento...»
- Cielo —completé.
- Ajá —expresó Sara.
- Sabes Sara... poca gente entiende ese pasaje. El problema es doble: algunos religiosos que solo dicen lo que les conviene decir y de la forma en que les conviene, y personas que todo lo que leen lo analizan de acuerdo al contexto actual. Ese fragmento de la Biblia es más entendible si previamente se sabe que en la cultura de esa época se creía que sobre el cielo había reservas de agua, de las cuales provenía la lluvia. Se consideraba que Dios, al inicio, había separado el agua, dejando agua sobre el firmamento y también debajo de él: «Que se separe a unas aguas de otras».

¡Buenas tardes!, dijo una voz detrás de mí en ese momento. Giré hacia la dirección de donde escuché el saludo. Era un joven, personal de servicio del centro psiquiátrico, que pasaba por el lado del campo. ¡Buenas tardes!, contesté. Al volver la mirada, en menos de tres segundos, hacia donde estaba Sara, no había nadie. Miré hacia todos lados y no encontré a Sara. Miré nuevamente al joven que me saludo, que seguía parado en el mismo lugar con una sonrisa. Caminé hacia él. No se asuste, doctor, dijo. Sí estuvo conversando con alguien, no era un fantasma, ja, ja, ja. Cuando usted me saludó, Sara se fue corriendo. El campo se podó en la mañana y aún no se recoge el pasto cortado, por eso no escuchó a Sara correr. Ahorita todo el campo es como una almohada gigante. Usted debe ser el nuevo psicólogo. Mi nombre es Rafael, dijo el joven.

Noventa y dos

Sesión con Adán: Dentro.

- Hace miles de años, cuando la gente no sabía que existía un órgano llamado cerebro, donde se daba el pensamiento. Cuando nadie sabía que eso que ahora llamamos ideas, ilusiones, fantasías, emociones, se manifestaban dentro del cráneo, ¿cómo imaginaban y sentían su pensar? Es más, cuando no existía ningún concepto relacionado al “dentro de mí”, ¿cómo imaginaban y sentían todo? No lo sé, tal vez creían que todo eso se daba fuera y así crearon a los dioses.

Noventa y tres

Sesión con Mirella: Calma.

- Entendí que valía, que no me miraban como menos, al menos no todos, y que ante aquellos que sí me miraban como menos no me sentía menos. Dejé de desesperarme por muchas cosas. Incluso por el sexo. Creo que deseaba mucho el sexo porque era una forma de sentir que me aceptaban como igual o como más, o, mínimamente, con valor. Ahora ya no.

Noventa y cuatro

Sesión con Hugo: Dependencia.

- Soñé con toda la historia del universo al mismo tiempo. Era como ver cada idea de cada hombre, de cada época, de cada lugar, a la vez. Vi que, así como el bien y el mal dependen uno del otro, el destino y el azar también. No son contrapuestos. Funcionan unidos uno al otro. Me pareció, aunque tal vez fue una idea más lúcida porque ya estaba despertando, que por momentos el destino toman las funciones del azar y viceversa.

Noventa y cinco

Sesión con Adán: Mi infierno.

- Seguramente mi mamá también tiene muchos conflictos y heridas sin sanar y me da pena y me gustaría verla libre y feliz, pero eso no me corresponde a mí. Ella es otra persona y el deseo de que ella sea feliz es mío y por respeto a su otredad, no debo imponer lo mío en ella. Ni aunque parezca que la salvo. Cuánto daño nos hizo la imagen del héroe, del que salva a todos, y más la imagen de ese héroe cristiano, Jesús, que a diferencia de otros héroes que salvaban a su pueblo de un daño físico, lo "salvó" —dijo, alargando la palabra y con una inflexión en la voz que denotaba sarcasmo— de un daño moral, del pecado, de lo interno. Seguramente, mientras lo clavaban en la cruz, algunos miraban pensando "Yo no deseo que me salve de nada, porque en mi infierno está mi posibilidad de ser dios. Qué egoísta Jesús que quiere solo para él aquello que permite ascender".

Noventa y seis

Sesión con Mauro: Sin valor.

- ¿Cuál es ese problema del que te diste cuenta?
- El problema más grande del amor es cuando lo vemos únicamente como la forma máxima de valoración, y, por lo tanto, creemos que podemos lograr que alguien nos ame consiguiendo que nos valore. Como consecuencia, sentimos que no valemos cuando no logramos que nos amen.

Noventa y siete

Sesión con Milagros: Algo más.

- Gracias, en verdad me ayudaste demasiado —dijo sonriendo.
- Fue interesante conocer tu experiencia. Si en algún momento consideras que necesitas sesiones nuevamente, solo envíame un mensaje —contesté, también con una sonrisa.
- Por cierto, he decidido formarme como terapeuta. Te mencioné que me daba vueltas la idea en la cabeza, pero ya lo decidí. Antes de irme quisiera saber si me puedes dar algún consejo sobre terapia.
- Sí recuerdo que me mencionaste hace un tiempo la idea. Tengo tres consejos en verdad: uno, no solo leas sobre terapia y menos solo sobre un tipo de terapia. Lee antropología, lógica, química, etc.; la mente del ser humano no se conoce únicamente por medio de la psicología y la terapia. Dos, si aprendes un enfoque, aprende también como refutar sus verdades; y tres, tal vez el más importante consejo, trabaja demasiado en tu ego. Si no lo haces, puede sucederte que empieces a dar terapia como dando batalla, sonriendo cada vez que atrapas a la persona con una pregunta, preocupándote solo en buscar preguntas para poder sonreír. No te digo que no sea aceptable, hasta el ego es parte de la experiencia humana y nosotros mismos hemos tenido esos momentos, en que irónicamente te veía con una sonrisa cuando sabía que te había atrapado con una pregunta, pero...
- No solo de eso se trata —completó.
- Exacto —añadí.

Noventa y ocho

Sesión con Rubén: Sensaciones.

- ¿Qué sucede luego?
- Como no soporto la situación, siento la necesidad de reventar con todo y cambiarla, pero, con esa necesidad afloran pensamientos de culpa, ideas relacionadas a cómo podría merecerme esa situación; supongo que para tratar de apagar la primera necesidad, porque cambiar todo implica tomar decisiones y asumir responsabilidades.

Noventa y nueve

Sesión con Pedro: Ambos.

- Hoy me sucedió de nuevo, fue horrible.
- ¿Qué viste o sentiste? —pregunté a Pedro.
- Fue así: Yo regresé a mi casa. Eran las 10 de la mañana, más o menos. Había ido al mercado y volví cargando un paquete de botellas de agua mineral. Estaba cansado. Llegué, abrí la puerta, todo normal.
- Ajá...
- Entré a mi sala y como no tenía algún apuro, me senté en uno de mis muebles, mirando justo hacia la ventana. Estaba mirando en vacío, respirando profundo mientras reposaba. De pronto, veo que alguien empieza a abrir la puerta. Pensé que era mi mamá, aunque se me hacía raro porque ella tenía que estar trabajando en ese momento. Se abre la puerta y... —se detuvo Pedro, mientras su cuerpo empezó a temblar—.
- ¿Quién entró por la puerta, Pedro? —consulté un poco asustado.
- Yo mismo. La puerta se abrió y me vi a mí mismo ingresando. Vi cómo ese yo que ingresó cargaba también un paquete de agua mineral y me miró igual de asustado a como yo lo miraba a él. Nos miramos sin movernos y yo que estaba sentado en el mueble empecé a desaparecer.
- Pero, si tú desapareciste, ¿cómo estás acá ahora?
- Lo que pasa es que en ese rato desaparecí y empecé como a despertar en el cuerpo del yo que acababa de entrar por la puerta. Creo que todo comenzó cuando salí del mercado. Apenas salí del mercado empecé a caminar en automático, mientras mi mente recreó el momento en que yo ya llegaba a mi casa, abría la puerta y me sentaba en el sillón. Todo viéndolo desde la perspectiva de esa imagen de mí mismo que había creado. Cuando llegué de verdad a mi casa, abrí la puerta de verdad y al entrar me miré a mí mismo entrando desde la perspectiva de la imagen que tenía de mí mismo ya sentado en el sillón. Después, por unos segundos, fue como si mi mente hubiera estado en ambos lugares al mismo tiempo, en plena conciencia en ambos, en el yo creado por mi mente que estaba sentado en el sillón y en el yo real que recién estaba entrando a la sala. Me miré desde ambos lados mirándome.

Cien

Sesión con Aurora: No abusos.

- Es la primera vez que vengo a terapia. No sé qué tengo que hacer.
- Empecemos conversando. ¿De qué quisieras hablar?
- De algo que siento cuando me gusta alguien.

- ¿Qué es eso que sientes?
- Siento que hago algo malo, algo así como cometer... ¿un pecado? Empieza un proceso en que me acerco a la persona de esa forma, como si cometiera un delito inmoral con mostrarle o decirle que me gusta. Al mismo tiempo empiezo a fijarme en todas aquellas conductas o palabras que dice la persona que me hacen sentir que de verdad estoy haciendo algo malo con sentir gusto por ella. A eso agréguele que tuve una pareja hasta hace poco que me hizo sentir que tener deseo sexual era malo. Que se molestaba conmigo incluso cuando le decía que me atraía su cuerpo. Al punto que yo no podía mirarlo con deseo, porque eso hacía que él me mire con odio y asco.
- Lo que me indicas del deseo sexual lo acabas de relacionar con esa pareja que mencionas. ¿Encuentras con lo del gusto también una relación con alguien?
- Sí, con el primer chico que me gustó. Fue en sexto de primaria. Él era mi mejor amigo; nos sentábamos juntos. Se enteró que me gustaba porque yo se lo dije a una amiga y ella le contó. Al día siguiente me dejó de hablar y se cambió de sitio. Pero más que nada, recuerdo como me miraba.
- ¿Cómo?
- Con odio y asco, y con algo más, con la mirada que haría alguien al ver a otra persona cometer un delito inmoral.
- Si pudieras ponerle una frase a esa mirada, ¿cuál sería?
- "Eres muy poco para tener el derecho de que te guste alguien". Esa sería.

Ciento uno

Sesión con Georgina: Bien.

- De hecho, ja, ja, ja, ahora me río, porque ya pasaron años, pero antes me molestaba ver que a la gente que me había tratado mal parecía irle bien en la vida. Lo que sí en ocasiones me causa malestar ahora es ver que me va bien a pesar que yo también fui malo con algunas personas.

Ciento dos

Sesión con Felipe: Respuesta.

- ¿Recuerda que hablamos la semana pasada sobre lo que quiero en la vida?
- Sí, claro. ¿Pensaste algo más respecto a eso?

- Me quedé con ese tema en la cabeza. Pensé que, hasta cuando decimos “sí quiero” desconocemos si hemos dicho una verdad; que, si es así, hay otras verdades igual de válidas que demuestran lo contrario, y que, aun siendo una verdad, puede no por eso ser la más certera respuesta que demos. ¿Cómo saber qué quiero en la vida?

Ciento tres

Sesión con Adrián: Desde dónde.

- Deseo saber qué se siente ser tú —dije.
- ¿Qué tanto se conoce a usted mismo? —preguntó—. Porque si intenta saber qué se siente ser yo, lo hará desde lo que es usted. Un vaso, aunque esté lleno de hielo, no siente frío; una hoja de papel, aunque esté en medio del desierto, no se siente sola. Le pido que además de que intente saber qué se siente ser yo desde lo que es usted, también intente saber qué se sentiría ser yo desde alguien que no sea usted.
- Comprendo tu punto. Sin embargo, no soy un vaso, ni una hoja. Soy un ser humano y tú también lo eres.

Ciento cuatro

Sesión con Amanda: Aceptación.

- Regresa mi famosa paradoja de la aceptación: la mayor aceptación que puedo obtener de alguien es que acepte lo inaceptable de mí.
- Hagamos algo... ¿Recuerdas que te dije en una ocasión que las sesiones de terapia podían ser un microcosmos? Que subjetivamente podíamos establecer durante nuestros encuentros normas culturales distintas, crear a disposición una cosmovisión particular, o plantear que vivimos en una sociedad con leyes diferentes a las que tenemos, y, acorde a eso, hablar sobre tus conflictos como si se desarrollaran dentro de ese nuevo mundo.
- Sí lo recuerdo.
- Modifiquemos el lenguaje. ¿De qué manera “inaceptable” te limita?
- Pienso que determina que hay aspectos de mí por los cuales nadie optaría por tener una relación conmigo.

- Pactemos que en el universo de la sesión de hoy nunca fue inventada la palabra “inaceptable” —propuse—, pero no únicamente eso. Inventemos otra palabra, que abarque todos esos aspectos que la anterior palabra abarcaba, pero cuyo concepto no te determine o limite.
- Entiendo. Está bien complicado, pero creo que me va a servir. Me obligará a analizar mucho.

Ciento cinco

Sesión con Julián: Teorías.

- Es que esta terapia tiene como principio no encajar al paciente en una teoría —repliqué.
- ¿Y no hacemos los pacientes teorías sobre lo que nos sucede y sucedió?, que al final son teorías también, donde intentamos condensar en dos o tres conclusiones miles de experiencias. ¿Quién acaso ha logrado contarle a su terapeuta absolutamente todo lo de su vida que remite a un conflicto? ¿Quién ha logrado contarle hasta el sueño más insignificante donde puede hallarse la respuesta que se busca? Arramos teorías en cada sesión, donde intentamos muchas veces enlazar a la teoría anterior la nueva, condensando la vida.

Ciento seis

Sesión con Flor: Humano.

- Me sorprende que no la hayas leído. Es una novela muy interesante.
- No. En verdad, ni si quiera había oído del título. ¿De qué trata?
- El tema en general es un análisis sobre lo que nos hace humanos y la novela inicia el análisis con dos debates. El primero es en el futuro, se debate si algunos robots pueden ser considerados humanos y se concluye que sí. El segundo debate se da luego de tres mil años del primer debate. Ahí empieza en sí la novela, en un debate donde la mayoría son robots-humanos. Todos discuten antes de votar para determinar si solo los robots-humanos deben ser considerados humanos.

Ciento siete

Sesión con Adán: Vía crucis.

- ¿Vale tanto el sacrificio de un hijo de Dios que sabía que todo lo que le iba a pasar estaba escrito? ¿No vale acaso más el sacrificio de un hombre que no sabe hacia dónde lo conduce su dolor?

Ciento ocho

Sesión con Vladimir: Salud.

- Así es, a veces sentirse muy bien es un síntoma y no una señal de buena salud.

Ciento nueve

Sesión con Alejandra: Contracción.

- ¿No sentiste lo mismo tú?
- ¿Qué cosa? —pregunté.
- Que hasta la edad que tengo la vida se te había presentado como un resorte que se comprimía. Los estudios, trabajos, vínculos, etc., eran una contracción de la vida que luego explotaría en un destino glorioso. Después, llega esta edad, el resorte se suelta y te das cuenta que no sales disparado a ningún lugar.

Ciento diez

Sesión con Ana: Ideas.

- ¿De quién crees que tomaste ese pensamiento? —pregunté.
- De mi papá.
- ¿Lo escuchaste decir eso alguna vez?
- No. Por sus expresiones sé que él pensaba así.
- Te propongo algo a manera de experimento —planteé.
- Está bien —contestó Ana, bajando la mirada.
- Vas a imaginar a tu papá diciéndote en voz alta eso que consideras que él pensaba.

Ciento once

Sesión con Gustavo: Hasta siempre.

- ¡Hum! —expresó, mientras cortaba el trago que estaba tomando de té—, anoche soñé algo raro —agregó.
- ¿Deseas hablar de eso?
- Sí. En mi sueño tenía una pareja que vivía a unas cuadras de mi casa. Era de día, más o menos siete de la mañana y yo tomaba desayuno, cuando en las noticias anunciaron un descubrimiento científico increíble: se había encontrado la clave para la inmortalidad humana. En ese momento dejé mi desayuno y corrí a la casa de mi novia. Llegué y le conté la noticia; se había descubierto la forma de hacernos inmortales. Ella estaba igual de asombrada que yo. Conversamos un instante sobre eso y luego nos despedimos. Después de darle un beso, le dije «te amo»; ella preguntó «¿Hasta cuándo?». Hasta siempre, toda la vida, le respondí —dentro de mi sueño ese era un juego que hacíamos siempre al despedirnos—, pero en esa ocasión, en realidad era la primera ocasión en que hacía ese juego, pensé, ¿hasta siempre? Ya no habrá muerte, seremos infinitos. ¿La amaré siempre? ¿Toda la vida? Pero si la vida, incluso, la palabra vida solo existe porque existía lo contrario. Si seremos inmortales, ¿hasta cuándo la amaré? Ahí desperté.

Ciento doce

Sesión con Jean Paul: Dos terapeutas.

- Si lo sé. Como usted dice, soy excelente en la psicoterapia. El problema no tiene que ver con que lo dude, sino con que justamente siento que veo lo que nadie ve, que la psicoterapia está cayendo en un vacío profundo sin nada que la detenga. Eso hace que pierda sentido para mí —replicó Jean Paul.
- Si algo detuviera su caída, ¿qué sería?
- Hacer e intentar responder muchas preguntas.
- ¿Cómo cuáles?
- Por ejemplo, ¿la psicoterapia debió nacer? ¿La psicoterapia es la mejor manera de trabajar con lo que ofrece trabajar? ¿Debe seguir existiendo la psicoterapia? Cada enfoque psicoterapéutico tiene pilares en su teoría, ¿se mantienen esos pilares en su evolución y práctica? ¿El psicoanálisis sigue siendo psicoanalítico? ¿El humanismo sigue siendo humanista? ¿El conductismo sigue siendo conductista? ¿Cada enfoque encuentra las estructuras antropológicas que postula en su teoría dentro del paciente o las crea en cada paciente para poder trabajar sobre ellas? ¿Hay enfoques que implícitamente utilizan más lo que otros enfoques dicen explícitamente utilizar? ¿Existen los enfoques? ¿Enfoques

respecto a qué? ¿Qué vincula a todas las psicoterapias para que se denominen así? ¿Los principios teóricos de todo enfoque coinciden con sus principios prácticos? Si los conocimientos de cada enfoque se brindaran para todos, como parte de la educación regular, ¿qué tanto haría falta la psicoterapia? ¿O es el sistema el que crea la necesidad de la existencia de la psicoterapia? Cada psicoterapia se crea en un contexto, ¿solo sirve en su contexto? ¿Todos pueden ser psicoteraputas? ¿En todos sirve la psicoterapia? No un tipo de psicoterapia, la psicoterapia en general, ¿sirve para todos? Eso en general; imagine lo que habría por preguntar en específico.

- Me gustaría escuchar también las preguntas específicas.
- Le digo una de las que más ronda mi cabeza, ¿la persona, en su reflexión sobre lo que le sucede, puede plasmar lo que le sucede?

Ciento trece

Sesión con Adán: Sometan.

- ¿Recuerdas cuándo fue que te empezaron a interesar los temas bíblicos?
- Sí, fue cuando estaba en primaria. Llegaron a mi colegio unos predicadores religiosos. Entraron salón por salón regalando Biblias y hablando un poco de los pasajes del libro. En mi salón habló del Génesis. Nos dijo que en Génesis 1, 28 Dios les dijo a Adán y Eva “Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Manden a los peces del mar, a las aves del cielo y cuanto animal viva en la tierra”. ¡Señor!, dije alzando la mano. Sí, dígame, joven, contestó el predicador. ¿Eso lo dijo Dios antes o después de expulsar a Adán y Eva del Edén?, le pregunté.
- ¿Qué te contestó?
- Me dijo “Eso lo dijo antes. De hecho, la expulsión recién se ve en Génesis 3, 23”.
- ¿Y por qué querías saber eso?
- Lo mismo me preguntó luego el predicador, mientras me entregaba la Biblia de regalo. Le respondí que quería saberlo porque Dios le ordenó a la pareja mandar sobre los peces del mar si en el Edén no había mar.

Ciento catorce

Sesión con José: Fondo.

- Siempre me ha dado mucho interés cuándo se empezó a usar y por cuántas oraciones ha pasado la expresión “en el fondo”, como cuando se dice “en el fondo sé que no sientes eso”. Si imagina solamente cómo se desarrolla como concepto antropológico esa expresión, podrá encontrar parte de la geografía que tiene el ser humano de sí mismo.

Ciento quince

Sesión con Marcela: Es el mundo.

- ¿Y tú crees?
- Dejé de creer, justo por eso toda mi familia me odia.
- ¿Cómo así dejaste de creer?
- Me di cuenta que sin orar, sin creer en un dios, sin pensar que hay un plan divino, igual todo parecía suceder por algo. Igual las cosas salían bien o mal. Al final, sin creer en un dios, todo parece funcionar de la misma manera que creyendo. Esas señales con las que las personas justifican el creer en un dios, no son más que las características propias de la misma vida sin dios. No son las supuestas señales, es el ser humano, es el mundo. Hasta un milagro podría servir para demostrar que no hay un dios.

Ciento dieciséis

Sesión con Camila: Imitación.

- Todo se ha vanalizado. Las cosas y las personas ya no son en la medida en que son sino en la medida en que se acercan a una imitación de sí mismas. Es como si la gente estuviera arrancándose la piel y poniéndose encima de la carne yeso; a ver si así se parecen más a sus propias máscaras.

Ciento diecisiete

Sesión con Edison: Duda.

- Me dijeron que usted trabaja diferente. Mi anterior terapeuta era bueno, pero sentí que no iba más allá de sus verdades y eso hacía que no me ayude a ir más

allá de las mías. Deseo empezar a trabajar con algo que quedó inconcluso con él.

- ¿Qué es lo que quedó inconcluso?
- Verá, yo era mucho de pensar mal de la gente. Pensaba mal de su actos siempre. Mi anterior terapeuta me ayudó a entender que no podía estar seguro de eso que pensaba y empecé a dudar de lo que pensaba mal.
- Ya, pero no capto aún qué es lo que quedó inconcluso —dije, expresando intriga.
- Que no sé ahora cómo entender mi historia. Si no era una certeza lo malo que pensaba de las personas, tampoco es una certeza lo bueno que pensaba de ellas.

Ciento dieciocho

Sesión con Michael: Uno.

- No sé si soy el hombre más libre o una mezcla absoluta de todas las limitaciones posibles que dan como resultado la ilusión de libertad. Como una ecuación enorme, que llena una pizarra, pero cuyo resultado es uno.

Ciento diecinueve

Sesión con Roberto: En paz.

- No sabe cuánto tuve que luchar para reordenar toda la realidad. Una lucha en silencio, porque yo vivo con ella y, si quiera insinuar que estaba cambiando todo en mí, hubiera sido suficiente para que ella insinúe que yo estaba haciendo mal.
- ¿Cómo era todo antes de hacer ese reordenamiento?
- Raro. La realidad la tenía en mí con un orden sin lógica. ¿Ha visto las figuras imposibles de Escher?
- Sí.
- Así era. Sobre todo con el tema de las relaciones de pareja. Mi mamá, sin darse cuenta, me había dejado sin opciones desde niño; recuerdo que siempre me decía que todas las mujeres eran interesadas, que todas se fijaban en los hombres con mucha plata. Ya ahí me había dejado sin opciones; si todas se fijaban en los hombres con mucha plata y yo no tenía mucha plata, sentía que

nadie se fijaría en mí. Lo peor fue que siempre adicionó a eso que desear y tener mucha plata era malo, que uno debe vivir en paz con lo necesario. Hasta insinuaba que eran tontas las personas que buscaban tener mucho dinero. En otras palabras, yo debía vivir en paz esperando que se fije en mí una mujer que no existía y que no debía buscar aquello en lo que se fijaban las que sí existían.

Ciento veinte

Sesión con Adán: Alma.

- No siempre.
- ¿Has tenido experiencias con eso?
- Sí. Yo he visto personas sin alma, que, aunque intente conectar con ellas, no lo logra, porque no hay con qué conectar. Son como pieles sin interior; cascarones vacíos. Ahí se pregunta, ¿y las que tienen alma, nacieron teniéndola o el alma es algo que se crea luego de nacer? De hecho, hasta en la Biblia parece darse una insinuación a aquello: Dios no toma el alma de Adán y la rodea de carne sino que toma la carne y la llena de alma.

Ciento veintiuno

Sesión con Carlos: Físico.

Carlos empezó a llorar y gritó molesto “¡Nooo! ¡No fue por eso!”. Te escucharé nuevamente. Intentaré no asumir nada. Vuélveme a explicar, le dije.

- Yo quería a alguien que me ame sin importar que no fuera tan atractivo físicamente. Que me ame aún con esa “carencia”. Ella esperaba, al menos eso considero, a alguien que la ame sin importar qué tan atractiva era intelectualmente. Que la amen aún con esa “carencia”. Ella esperaba que por su físico la amen, porque todos los demás por eso solo se sentían atraídos y no podían construir amor sobre eso. Yo sí la amé por eso. Amé lo que sí tenía. Cuando te expliqué hace rato esto me viste de forma vanal. Entendí que pensaste que yo era superficial por sentir que puedo amarla por su físico. Pero vanal sería querer amar a alguien por su físico como el que está feliz de tener un cuadro hermoso porque se ve hermoso y no porque simboliza lo hermoso en sí. Supongo que ven vanal mi forma de amarla, porque no se puede amar

supuestamente lo que no tiene esencia y a la piel se la considera sin esencia. Unir el cuerpo y la mente dejó sin esencia propia al cuerpo.

A pesar de que me pareció más importante lo que dijo Carlos sobre su relación con ella, la mente, el cuerpo, y el amor, me quedé pensando sobre el “carecer”. ¿Cuál es el estandar desde el cual se mide lo que se carece? ¿No tener es carecer?

Ciento veintidós

Sesión con Gaby: Inocencia.

- Pero —agregué con un tono persuasivo— harás sufrir a un inocente.
- Doctor, la inocencia no es razón suficiente para no sufrir. De hecho, la culpabilidad tampoco es razón suficiente para sufrir —contestó con tono irónico, como quien explica algo que debería ser obvio—. No me tome a mal —añadió—. No justifico que los inocentes sufran. Aclaro que considerar a alguien inocente no lo libera de que sea víctima de algo.

Ciento veintitrés

Sesión con Giovanna: Catecismo.

- Hay un centralismo en la labor de encontrar de qué manera se ha engranado la religión católica en el ser humano y es solo focalizar el tema en Dios. No solo bajo su imagen nos fue integrada la religión, sino también a través de las imágenes secundarias que acompañan su mitología: los ángeles, sirvientes incondicionales; los demonios, figuras de lo malo; el mundo, un lugar ordenado por lo invisible; los santos, sujetos elegidos. Hasta el hombre mismo es una de esas imágenes secundarias, con una concepción particular.

Ciento veinticuatro

Sesión con Lisandro: Espacio.

- En nuestro lenguaje ha estado ese concepto sin darnos cuenta.
- ¿El de espacio-tiempo?
- Sí. ¿No ha escuchado o no le han dicho alguna vez “dale tiempo al tiempo”, o “dame tiempo”? Cuando dicen eso, lo que piden es espacio.

Ciento veinticinco

Sesión con Alfonso: Justificación.

- ¿Por qué?
- Porque toda argumentación de una verdad es en sí misma una argumentación de la verdad contraria. Lo que queda por descifrar es, ¿qué hace que, siendo la misma argumentación, se pueda usar para justificar dos verdades contrarias? El pilar de la verdad, que mantiene a esta siendo tal para el hombre, se relaciona con aquello que hace que el argumento justifique un extremo pudiendo justificar el opuesto.
- Considero que puede no ser el argumento entero lo que justifica ambas verdades, sino solo parte de él. Realizar una pulverización de lo que es el argumento, como concepto, podría ser una forma de conocer más lo que es la verdad —repuse.

Ciento veintiséis

Sesión con Pierina: Tal como está.

- Era un cuento bien interesante.
- ¿De qué trataba?
- De un libro divino donde se iba escribiendo toda la historia de la humanidad, detalle a detalle. El libro era vigilado por un dios y la historia inicia cuando otro dios lo ataca y vence. Este nuevo dios toma el libro y lo reescribe, para que todo sea al revés.
- O sea, ¿que en la batallas donde ganaron ciertos ejércitos ahora habían perdido?, por ejemplo.
- No, no. Se centró en lo moral, en la cultura. Por ejemplo, luego de reescribir el libro, a los adultos se les consideraba más vulnerables que los niños y ancianos, el sexo se reconocía como una forma superficial de vincularse, mientras que saludarse de mano era una forma muy íntima de hacerlo, enamorarse de alguien era un motivo para justamente no vincularse con esa persona.
- Suena interesante.
- Lo es. Lo que más me gusta es cómo se justifica que todo sea al revés. Me hace pensar siempre en cómo cada cosa llegó a estar en el orden en que está.

Ciento veintisiete

Sesión con Srinivasa: Soy otros.

- Llevo ya una semana acá — contestó.
- ¿Antes te encontrabas con tus padres en la India?
- En la India sí, pero no en la ciudad de mis padres. Estuve cuatro años en dos diferentes lugares de allá. Dos años en un comunidad donde toda actividad se realiza en grupo. Ahí no disponen del concepto mismo de soledad como falta de la presencia física de otros. Para ellos, que todo lo hacen en grupo, lo más cercano al concepto de soledad es estar despierto con los ojos cerrados. Hasta para cumplir sus necesidades fisiológicas, como orinar o defecar, deben esperar a que otro de la comunidad también desee hacerlo, para ir ambos o, en su defecto, esperar a alguien como compañía. Nadie camina solo, nadie duerme solo. Estuve ahí dos años, practicando sus costumbres mientras redactaba mi primer libro, “El conocimiento de sí mismo”. Tras eso me despedí de ellos y me retiré a un desierto a vivir en soledad plena.
- Fuerte contraste.
- Sí. Luego de dos años sin dejar de ver a alguien todo el tiempo fue bastante el cambio. En el desierto estuve en una choza. A diez kilómetros había un pueblo al que iba cada fin de mes a comprar alimentos.
- ¿Con el agua cómo hacías?
- Cada dos días caminaba a un manantial que queda cerca al pueblo. De ahí recogía agua.
- ¿Durante ese tiempo también escribiste?
- Sí, mi segundo libro, “El conocimiento del otro”. Recuerdo que llegando acá di una conferencia para terapeutas, sobre ambos libros, y uno de los asistentes se paró para decirme que hubiera aprovechado el tiempo en la comunidad para escribir el libro sobre conocer al otro y el tiempo en el desierto para escribir el libro sobre conocerse a sí mismo.
- ¿Qué le contestaste?
- Que era triste solo poder conocer al otro a través del otro y solo poder conocerse a sí mismo a través de sí mismo. En esos años conocí al otro a través de mí mismo y a mí mismo a través del otro.

Ciento veintiocho

Sesión con Armando: Copia.

- Es muy riesgoso tratar de vengarse de alguien que te rechazó, tratando de hacer que se arrepienta de haberlo hecho.
- ¿Lo dices por tí?
- No, no. No lo digo por mí, pero lo he visto de cerca. Mi hermana intentó que el chico que la rechazó se arrepienta de haberlo hecho, intentando que luego él quiera estar con ella. Acabó sumida en sus valores. Hasta se moldeó acorde a ellos. Logró que el chico se arrepienta, no lo niego, pero fue porque ella ya representaba lo que él valoraba, cuando al inicio ella deseaba ser aceptada por cómo era.

Ciento veintinueve

Sesión con Laura: Laboratorio.

- Siempre me he sentido como una experimentadora del alma. Algo así como una científica del interior. Ahí abracé más mis perturbaciones, porque, ¿qué sería de mí si no me pasara nada dentro? Sería como ser una científica en un laboratorio vacío.

Ciento treinta

Sesión con Tito: Sistema.

- ¿Identificas algún momento en que haya empezado esa desesperación?
- Sí, claro. Estábamos parados en medio de mi patio y me dijo "los Rivera no hemos nacido para ser millonarios". Esa frase que duró dos segundos marcó toda mi vida. No significó exactamente lo que decía, sino que tomó definición dentro de la imagen de la vida que había dibujado en mí. Así como 10 no significa lo mismo en un sistema decimal que en un sistema binario. En esa imagen de la vida que me entregó no existían más que dos tipos de personas con dos niveles de capacidad económica: los millonarios y los pobres. No lo había dicho así, pero en todas sus opiniones nunca aparecían personas que tuvieran una cantidad media de dinero. Siempre eran o pobres o millonarios. Entonces, cuando dijo que toda nuestra familia y descendientes no habían

nacido para ser millonarios, lo que significó para mí fue una sentencia de pobreza. Si solo existen pobres y millonarios, y no habíamos nacido para ser millonarios, significaba que habíamos nacido para ser pobres. Yo no quería ser pobre, y para no serlo no había otra manera que siendo millonario. Ahí empezó mi desesperación por obtener dinero.

Ciento treinta y uno

Sesión con Mauricio: Incertidumbre.

- No. Era tensa la comunicación todo el tiempo. Ahora ya puedo hablar de eso sin sentir la molestia en el pecho. En ese tiempo, cuando ella me hablaba, hasta sentía como si algo dentro de mí se hiciera pesado. Me ponía pálido —agregó, mientras tomaba un poco de café— y perdía las energías.
- ¿Había algo en específico que hiciera que la comunicación sea tensa?
- Sí. Al principio pensé que no me gustaba su voz. Luego, que no me gustaba lo que decía. Más adelante me di cuenta que aquello que detestaba era la incertidumbre que siempre contenía ella misma. No era su voz, ni lo que decía, lo que hacía tensa la comunicación. Era lo que sentía siempre que no decía y podía decir en cualquier momento.

Ciento treinta y dos

Sesión con Adán: Temor de dios.

- Le temen a todo.
- M... Pero, ¿ellos no predicán eso de “solo a tu Dios temerás”?
- Claro, toman eso de Deuteronomio y de Lucas, y depende mucho de la traducción. En algunas Biblias dice servirás en vez de temerás. En otras aparecen ambos imperativos. En algunas se omite la palabra “solo”. Sin embargo, la forma más arraigada de mencionar esa oración es la que usted mencionó y a ella me dirijo; ¿no son también los que dicen eso, los que predicán que Dios está en todas partes y en todos nosotros? ¿Se da cuenta? —dijo, inclinando su cuerpo hacía mí y mirándome fijamente—, le temen a todo: al universo, a los demás y se temen a ellos mismos. Si debo temer solo a Dios y Dios está en todo y todos, debo temerle a todo y todos.

Ciento treinta y tres

Sesión con Adamarta: Mala persona.

- Considero que es una mala persona —concluyó Adamarta.
- Pero, si existieran las malas personas, ¿serían todas malas de la misma manera en que lo es ella? —añadí.

Ciento treinta y cuatro

Sesión con Francisco: Profundidad.

- ¡Hum! —profirió, como recordando algo que cabía decir dentro del momento, mientras comía una de las galletas que daba en su trabajo—. Muchas de las anécdotas de la vida de Jesús parecen asombrosas, en cuanto a la sagacidad y sabiduría que aparentaba, pero no es así. No todas sus frases y respuestas son profundas o sabias y hasta un tonto dice cosas que suenan profundas de vez en cuando, por casualidad. La profundidad que le otorgan a Jesús es dada por lo general por personas que desean previamente ver así sus enseñanzas. Es lo mismo que sucede con muchos autores a quienes se acusa de tener mucha profundidad, dándole esa característica a todo lo que digan y, si dicen algo simple, las personas asumen que debe haber una profundidad oculta que el autor plasmó tan bien que no se nota a simple vista. Bueno, pero volviendo a Jesús, por ejemplo, está el pasaje sobre la mujer que iba a ser apedreada y ante lo cual Jesús dijo “Que tire la primera piedra quien esté libre de pecado”. Es un principio ético básico, ¿entiendes?, básico —agregó, consternado, con una mueca que entendí como de decepción—, donde se asume que uno no debe hacer el mismo mal del que puede ser acusado. Es como decir que solo debo perdonar los errores que yo también cometí. No detiene el apedreamiento diciendo algo que apele a evitar el daño por la propia naturaleza de este. Ahora, he leído muchas formas en que se profundiza ese pasaje, buenos análisis, pero no sabemos si esa profundidad la contiene el pasaje o la da quien lo analiza. Cuando me di cuenta de esas cosas, decidí alejarme de la Biblia. Ahora realizo mis actividades solo por no tener la valentía de abandonar todo, conforme ya lo hice por dentro... Esperaba más de un hombre que supuestamente era hijo de Dios o mínimamente estaba influido de capacidades divinas. ¿Qué hora es?
- Las cinco y quince —contesté.
- ¡Oh! Ya me tengo que ir. Tengo que llegar antes de las seis. Al menos no me acabé las hostias, como en la anterior sesión.

- Nos vemos la siguiente semana, entonces —concluí, sonriendo a modo de despedida.

Ciento treinta y cinco

Sesión con Marina: Diminutivos.

- Es que soy molestosita con él —agregó, agachando la cabeza mientras hacía una pequeña sonrisa.

Apenas dijo eso, mi atención se fue a la palabra en la que había usado un diminutivo, “molestosita”. Veían la importancia de estudiar la lengua. El tema del uso que hacen las personas de los diminutivos había sido hablado en clase, días antes; una clase sobre terapia, que llevo como parte de mi actual formación. Yo consulté al profesor sobre cuál podía ser la forma de abordar aquello en el diálogo con la persona en terapia y respondió que se le podía pedir de frente a la persona que lo diga sin el diminutivo; en el caso actual sería invitar a Marina a que diga “molestosa”. Pero esta propuesta no me terminaba de cerrar. La considero válida, pero sentía que podía ser de otra forma la intervención. En ese afán de hallar un abordaje distinto, luego de mi clase busqué en internet información sobre los diminutivos, desde la lingüística. Así encontré que no solo cumplen una función de denotar menor tamaño, sino además de restar importancia. Aparte de otras funciones relacionadas con lo emocional y lo peyorativo. Me pareció magnífico lo de “restar importancia”. Lo usé para generar una nueva forma de abordar el tema.

- ¿Qué tanta importancia consideras que tiene para tu pareja que tú seas “molestosita”? —pregunté.

Ciento treinta y seis

Sesión con Regina: Poder.

- Vengo pensando en eso toda la mañana.
- ¿Legaste a alguna conclusión?
- No exactamente. Es que, si el poder está en todos lados y no se puede escapar de él, como dice el autor que estoy leyendo, y algunas personas dicen que este poder está formado por el patriarcado, ¿la forma en que se rebelan al poder, no habría sido una forma creada también por el patriarcado? ¿No habría que rebelarse de otra forma? ¿Cuál opción no es patriarcal? ¿La hay? ¿Se puede?

Porque si el poder está en todo y es imposible salir de él... ¿Para rebelarse, no pudiendo salir, no habría primero que reconocer dónde el poder no es patriarcal y desde ahí crear una nueva rebelión? Sin salir del poder, pero sin ser patriarcal.

Ciento treinta y siete

Sesión con Ramón: Organismo.

- A los dilemas existenciales le adjudican una causa profunda del ser, en su dimensión psíquica y espiritual. ¿Nunca consideran que un dilema existencial podría ser producto de un mal funcionamiento orgánico? Siguen separando al hombre en mente y cuerpo; a los síntomas que aparentan ser plenamente físicos pero de causas psíquicas los llaman somatizaciones, pero a las cualidades de un dilema existencial no les atribuyen una posible fuente orgánica.

Ciento treinta y ocho

Sesión con Genesis: Mentira.

- ¿Ha escuchado seguro la historia de Juanito y el lobo? También la llaman Pedro y el lobo —afirmó Genesis.
- Sí, el chico que miente tanto que cuando dice la verdad no le creen.
- Comunmente se piensa que, como Juanito mintió tanto, cuando dijo la verdad las personas pensaron que era mentira también eso que decía.
- Claro.
- Yo lo veo distinto —continuó Genesis, mostrando una expresión de decepción—. Creo que las personas sabían que Juanito al final decía la verdad, pero decidieron actuar como si estuvieran escuchando una mentira. Creo que cada que Juanito les mentía, ellos sabían que lo que decía era mentira, pero la esperanza de que algún día deje de mentir les hacía actuar como si escucharan una verdad. Luego se decepcionaron de Juanito. Entendieron que, aunque dejara de mentir...
- Tendrían temor de que lo vuelva a hacer —dije, queriendo completar la oración.
- No, no era temor a que vuelva a mentir. Tenían temor a que un día Juanito mienta y ellos no se den cuenta. Decidieron por eso que frente a lo que sea que

afirme Juanito, ellos actuarían como si fuera mentira, aunque sepan que es verdad.

Ciento treinta y nueve

Sesión con Adán: Dios por nosotros.

- Si el amor no se hubiera inventado, ¿qué le hubieran otorgado a Dios como aquello que siente hacia el hombre? En el futuro, si se descubre que el amor no existe o se logra que el hombre no tenga la necesidad de recibir amor, ¿qué ofrecerá la religión? ¿Qué dirá que siente Dios por nosotros?

Ciento cuarenta

Sesión con Rodrigo: Paz.

- Recuerdo —continué— que hace tiempo un amigo, también terapeuta, dijo algo que me sigue sirviendo en terapia.
- ¿Qué te dijo?
- Estábamos hablando, tomando unas cervezas en grupo en un parque y salió el tema sobre los conflictos internos a los que algunos llamamos demonios. Todos mencionaban cómo batallaban con sus demonios o cómo intentaban entenderlos. En un momento todos miramos a este amigo, porque hasta ahí no había dicho nada. ¿A mis demonios?, preguntó, y agregó “No los odio ni los amo. Los miro con paz. Ahora, no fue solo un trabajo de mí en mí lo que me dio esa paz. Fue un trabajo de mí en ellos. Lo que me da paz es verlos a ellos viéndome también con paz. Ya no me odian. Tampoco me aman. Me sentí bien cuando ellos me empezaron a ver con paz”.
- ¿Cómo hizo tu amigo para lograr eso?
- Dejó de analizar cómo veía él a sus demonios y empezó a analizar cómo lo veían ellos a él. Mi amigo, si estuviera acá y supiera de esa parte tuya a la que llamas “Atlas”, te preguntaría ¿cómo te ve a ti Atlas? ¿quién eres para él? ¿Atlas piensa que tú también puedes cargar el peso que él lleva?

Ciento cuarenta y uno

Sesión con Kener: Solución.

- ¿El problema que me mencionaste la semana pasada?
- Desapareció.
- ¿Cómo así?
- No lo sé.
- O sea, ¿simplemente se fue?
- No. No lo sé porque olvidé la solución. Estuve pensando sobre el problema y repentinamente todo se me hizo claro. Entendí cómo inició todo, cómo se desarrollaba y la solución o forma de verlo que me hacía dejar de asumirlo como un problema. Fue como una epifanía. Vi una nueva verdad. Pero luego de unos minutos, con la emoción de haber encontrado la solución, se me olvidó lo que había encontrado. Así que ahora no sé cómo se solucionó el problema, porque olvidé la solución; pero es suficiente para mí saber que existe una solución, aunque no la sepa, para sentir que ya no es necesario pensar en eso.

Ciento cuarenta y dos

Sesión con Félix: Merecer.

- ¿Sabes por qué? Porque te lo mereces —dije, como conclusión, queriendo activar algo en su ser, como lo había hecho antes con otros pacientes y había funcionado.
- M... No, no lo creo así —contestó Felix con una expresión seria que me hizo creer que se estaba resistiendo a la verdad que le acababa de dar—. La naturaleza divina que la cultura le ha otorgado a las capacidades, ha hecho que los hombres sufran creyendo haber realizado el mérito positivo necesario para obtener a cambio algo que no se les da o el mérito negativo necesario para haber obtenido algo que no les agrada; como si aquel merecimiento fuera externo a los hombres o incluso al mundo y otorgado o no como premio o castigo, justa o injustamente. No hay nada místico que haga que aquello que deseo me lo merezca. Sin embargo, tampoco hay nada místico que haga que aquello que deseo me lo tenga que negar.
- Tu propia afirmación considero que te servirá más que la mía —repuse.

Ciento cuarenta y tres

Sesión con Juana: Pobreza.

- Está bien —contesté—. Valido tu visión del mundo, aunque no la compartas; sobre que la pobreza es mejor y que debemos aceptar la pobreza y acostumbrarnos.
- Soy muy molesta, a veces, ¿no? Me lo han dicho.
- No lo sentí así, pero sí sentí que fuiste muy invasiva al decirme que debo cambiar y adoptar cómo vez tú las cosas. Te quiero preguntar algo respecto a la pobreza.
- ¿Qué? —preguntó Juana.
- ¿Hasta cuánto dinero podrías llegar a tener sin dejar de ser pobre?

Ciento cuarenta y cuatro

Sesión con Sabrina: Profundidad.

- Buenas noches — dijo, entrando al consultorio, presionando los labios con una expresión de malestar, como quien mira al otro avisándole que se va a desbordar.
- Si necesitas dejar fluir lo que sientes, estaré aquí acompañándote —contesté.

En ese momento empezó a llorar, conteniendo un poco las lágrimas hasta sentarse en el sillón. Se sentó y el llanto brotó con gritos ahogados. Luego de cinco minutos alzó la cabeza aún llorando. Por su gesto intuí que le preocupaba que yo estuviera esperando que hable y por tanto iba a parar su llanto.

- No te preocupes, yo espero a que llores todo lo que necesites — contesté cuando me miró.

Luego de diez minutos más, paró.

- Perdón —me dijo. Es que me desespero. Volvió a ocurrir el bloqueo y estoy sumamente asustada. Siento otra vez que mi mente se apaga y me cuesta pensar. Solo puedo tener pensamientos superficiales. Se me hunde el alma cuando menos profundidad tiene.

Ciento cuarenta y cinco

Sesión con Oriana: Sombra.

- Se lo dije, se lo pude decir. Sentí que me liberé de ella.

- ¿Qué le dijiste? —pregunté.
- Lloré toda la noche —dijo Oriana, mientras lloraba—. Pensaba en lo que te conté la semana pasada. Estaba harta de sentir que todo lo que soy tenía un significado que ella me daba con su presencia. No pude dormir nada. Creo que me acosté a las cinco de la mañana y me levanté a las seis. En ese rato le escribí: “Lárgate. Largaté de una vez y ahora sí”. Sentía que se lo decía a ella como persona y como concepto. Le dije “¡Por tus ojos no miran los ojos de todos! ¡Tu boca no expresa la mejor verdad! ¡Tu sombra no es el único lugar donde yo puedo tener luz!”.
- ¿Luego qué sucedió?
- Esperé a que lo lea y rompí el celular.

Ciento cuarenta y seis

Sesión con Alexa: Falsificación.

- Falsifiqué en mi cabeza conversaciones con mis papás, para así sentirme mejor. Imaginé que me decían que reconocían que hay más cosas en mí con valor que solo lo intelectual, que me confesaban que habían tenido un momento de revelación donde se dieron cuenta de todo el daño que me hicieron y que se retractaban de todo y aceptaban que lo que decían era por sus conflictos internos.
- Pero me dices que lo falsificaste. Sabes que eso es falso.
- ¿Y acaso no venimos meses trabajando para que me dé cuenta que lo que ellos me decían era solo su forma de ver la realidad y no la realidad en sí? ¿En qué sentido es falso? Solo en el sentido en que ellos no lo han dicho, pero no en el sentido en que se corresponda más con la realidad lo de ellos que lo mío.

Ciento cuarenta y siete

Sesión con Guadalupe: Pozos.

- ¿Alguna vez ha visto caer un pozo dentro de otro pozo y este segundo pozo a su vez dentro del primero? Supongo por su mirada que no. Yo sí. En el sexo con él era así; nos mirábamos y cada uno entraba en la profundidad del otro: dos pozos cayendo uno dentro del otro al mismo tiempo.

Ciento cuarenta y ocho

Sesión con Adán: Dios.

- Un día Lucifer se sentó detrás del trono de dios, mirándolo, y se preguntó “¿si lo venzo y al hacerlo obtengo todo su poder y me siento en su trono, los ángeles me llamarán dios? ¿Qué lo hace ser dios para mí? Todo el poder está en él, pero... ¿ser dios también? ¿Ser dios también depende de él? Si yo no acepto que es dios... ¿sigue siendo dios? Si nadie en el universo acepta que es dios... ¿sigue siendo dios? —pensó, sin dejar de ver la cabeza de Dios. ¿Y si desde el principio yo hubiera existido siendo él? Flotando en la nada, sin absolutamente nadie más, ¿cómo hubiera sabido que yo era dios? Si del vacío del universo emergiera otro ser exactamente igual a Dios, ¿cuál de los dos sería dios? ¿A cuál de los dos tendríamos que llamar dios? ¿La decisión de que este ser —pensó, mientras no dejaba de ver la cabeza de Dios— siga siendo dios o que el nuevo ser pase a serlo, no quedaría en nosotros? Si todos dejamos de sentir a este ser como dios, ¿seguiría siendo dios?
- ¿Qué sigue? —pregunté.
- Lucifer empezó a pensar con ideas propias de lo que era el futuro para ese tiempo; o sea, el ahora de nosotros.
- ¿Lucifer puede ver el futuro?
- No, los ángeles no pueden ver el futuro. De hecho solo viven su presente, como nosotros. Sin embargo, existen casi desde que el universo existe y no olvidan absolutamente nada, sienten el presente exactamente cuando sucede, y poseen la sabiduría para predecir el futuro casi a la perfección; creando una seudovisión de cada tiempo.
- Entiendo.
- Lucifer se siguió preguntando: Dentro de muchos años habrá ateos. Aunque te les presentes, —pensó, refiriéndose a Dios— ¿te obedecerían como tú has dicho que se debería obedecer a un dios? Muchos más años después, cuando todos sean ateos, si te les presentas, aún viendo todo lo que eres, si para ellos el concepto de dios pasó a ser solo algo literario, ¿tu presencia significaría la presencia de un dios? Puedo saber el futuro de ellos, pero el tuyo no. Se me nubla la visión cuando pienso en ellos en relación contigo. ¿O ya nunca te presentarás ante ellos, para que no dejen de dudar de ti? Porque la duda no les permite dejarte ir. ¿Sabes que si te conocen podrían decidir que no seas dios justamente porque ya te tendrían en frente, no? Yo estaré con ellos y conforme pase más tiempo a su lado me haré más humano y sé que para mí también

dejarás de ser dios... Pero ya te veo, en este momento, sé de ti, conozco tu poder... no eres dios... no hay dios más allá de los cuentos.

- ¿Qué más? —pregunté a Adán, absorto en su relato.
- En ese momento Dios habló pidiendo a los ofanim que giren el trono para quedar frente a Lucifer. ¿Quién es tu dios?, le preguntó Dios a Lucifer. ¿La respuesta no se encuentra en ti, no?, contestó el más perfecto de los ángeles.

Ciento cuarenta y nueve

Sesión con Santiago: Sueño.

- Te voy a hacer una pregunta que puede sonar extraña —indiqué.
- Te escucho —expresó Santiago.
- Si todo esto que has vivido en la semana fuera un sueño, ¿qué significaría?

Ciento cincuenta

Sesión con Rubén: Cumplido.

- No crea. No ha todos nos suena a cumplido eso.
- ¿A ti cómo te suena?
- Bueno..., sí me suena como un cumplido, en el sentido de que sé que la persona lo dice destacando mi talento. Sin embargo, cuando a un escritor que trabaja o se dedica a algo además de escribir le dicen eso de “Lo haces muy bien, deberías dedicarte solo a escribir”, no le agrada la idea. Porque el escritor no solo escribe; el escritor también piensa, y eso lo hace todo el día; hasta en los momentos en que se dedica a algo más que escribir. Las hojas son como vitrinas donde él acomoda lo que piensa, para ser visto. Es cierto que acomodar es una ciencia y un arte, pero eso no deja de lado que lo que se acomoda también es importante y puede haber sido creado lejos de la vitrina. Los grandes pensamientos que se encuentran en un libro posiblemente se escribieron sentados en un cuarto, pero tal vez se pensaron discutiendo con alguien en un trabajo.

Ciento cincuenta y uno

Sesión con Orlando: Nada.

- Siempre he estado en un lugar sin solución. Mi cuerpo es un signo de interrogación abierto y mi mente un signo de interrogación cerrado. Yo ahí, donde ni siquiera hay pregunta. Los signos me enmarcan y los signos me conforman. Soy la entonación de un “¿qué?”, sin las letras. Soy interrogación pura, la pregunta sin palabras, la nada en tono de duda.

Ciento cincuenta y dos

Sesión con Homero: 900.

- Claro, sí —respondió Homero, mientras ambos nos reíamos—. A todo esto, aunque voy a cortar el ambiente alegre, ¿a leído una novela llamada Overdaris?
- No. ¿De qué trata?
- Es increíble la historia, por lo que se cuenta y porque hay una premisa que se mantiene todo el tiempo mientras se lee.
- ¿Cuál es esa premisa?
- Que todo lo que está escrito en las 900 páginas —contestaba Homero en tanto yo hacía un gesto de asombro por la cantidad de páginas—... Sí, son 900 —reafirmó al ver mi gesto—. Todo lo escrito es lo pensado por el protagonista mientras cae por un precipicio, a morir, claro, luego de que su madre lo suelta para salvar a su mascota.
- ¿Y qué es lo que piensa el protagonista?
- Es irónico eso. En las 900 páginas se lamenta y reflexiona sobre no tener el tiempo suficiente para procesar ese dolor, el no haber sido elegido por su madre, y sentir ese dolor totalmente, no poder vivirlo. Toda esa reflexión sobre el tiempo que le falta en 900 páginas que son los pensamientos de él mientras cae.

Ciento cincuenta y tres

Sesión con Araceli: Deseo.

- Voy a volverme psicóloga por un momento —dijo Araceli con ironía—. Noto..., así, voy a usar las palabritas que usted repite. Noto que usted cree que yo debería separarme de mi pareja.
- Sí, es cierto. Considero que deberías separarte de tu esposo.
- ¿Por qué cree eso?

- Porque por todo lo que me cuentas, asumo que no eres feliz en esa relación.
- Seré tan directa como usted —expresó Araceli—. No soy feliz en mi relación y usted no es la primera persona que me habla de mi felicidad. Las personas que saben de mi vida siempre me dicen “si de verdad quisieras...”, “lo que realmente deseas...” y otras frases que sugieren que el deseo más correcto de uno debe ser el que se corresponde con su felicidad. No amo a mi esposo, pero cuando digo que deseo estar con él lo digo de verdad. Es cierto, no soy feliz, pero no significa eso que mi deseo no tenga validez por no corresponderse con mi felicidad.

Ciento cincuenta y cuatro

Sesión con Jorge Luís: Falacia.

- Hay una falacia que no sé si ha sido descrita por alguien, que yo llamo la falacia del hijo equivocado.
- ¿De qué trata?
- Se basa en determinar como verdad un argumento basándose en que las acciones de quienes se condujeron acorde a un argumento distinto fracasaron.
- Entiendo. ¿Por qué la llamas del hijo equivocado?
- La llamo así porque se da mucho en las relaciones padre hijo. El padre le da al hijo un consejo, el hijo no sigue lo dicho por el padre, le va mal, y el padre justifica la superioridad de su razón basado en el fracaso del hijo por no seguir su consejo. Que a alguien le vaya mal porque no hizo lo que yo creo que debió hacer no le otorga validez a mi argumento.

Ciento cincuenta y cinco

Sesión con Fiorella: Regañada.

- Ya, ya, no me botes. Ya te vi mirando la hora. Ja, ja, ja.
- No te boté —dije sonriendo—, pero sí vamos cerrando la sesión. ¿Qué concluyes de hoy?
- Me di cuenta que también había una responsabilidad de mi parte. Antes de cada regaño de mi madre ante un suceso, yo me comportaba como si necesitara ser regañada. También, después de que me regañaba, yo me comportaba como una regañada.

- ¿Cómo es comportarse como una regañada?
- Comportarse sometida al regaño, como merecedora de este o como la persona inocente que debe pedir la limpieza de su nombre. En cualquier caso, sometida al otro.

Ciento cincuenta y seis

Sesión con Federico: Niños.

- Es que esa gente promueve una política de castración social al adulto; los adultos deben sacrificarse, con tal que se resguarde la felicidad de los niños. No digo que esté totalmente mal, pero esos políticos ya lo usan como excusa y como motivo que jamás se somete a evaluación. Siempre hay algún político que toma como argumento a los niños para justificar medidas legales que perjudiquen a los adultos. Lo peor es cuando lo hacen no solo alegando que los niños deben protegerse por su condición de niños, sino porque ellos serán los ciudadanos adultos del futuro. ¿Acaso los niños que antes cuidaban tanto para que supuestamente sea mejor la sociedad hoy para todos, no son los adultos de ahora que justamente se buscaba que tengan una sociedad mejor, a los cuales se sacrifica por “cuidar” a los niños de hoy para que en el futuro sea mejor la sociedad para todos?

Ciento cincuenta y siete

Sesión con Héctor: Por algo.

- ¿Tú lo crees así, como te lo dijo tu hermana?
- ¿Sobre qué? ¿Eso de que todo sucede por algo?
- Ajá —afirmé.
- No. Toda situación no sucede por algo. Cualquier circunstancia posterior a un suceso tendrá la misma relevancia hubiera o no sucedido ese acontecimiento. No existe contexto de donde no se pueda extraer algo lógico que parezca predestinado. Eso lógico que se extrae es lo que el ser humano usa para erróneamente decir «todo sucede por algo». Lo que sí sucede luego de todo acontecimiento significativo es el intento del hombre por otorgarle lógica, otorgarle a ese acontecimiento una razón de ser. Similar a eso es la idea del

karma, una forma de no hacerse responsable de los actos propios; la culpa disminuye al creer que el exterior maneja el equilibrio entre bien y mal.

Ciento cincuenta y ocho

Sesión con Adán: Luz.

- Al contrario, ja, ja, ja —expresó, riendo de forma jobial—. El infierno está lleno de luz. Habiendo tanto fuego está mal que se lo dibuje como un lugar oscuro. El infierno solo es oscuro para aquel que no se atreve a abrir los ojos por el calor.

Ciento cincuenta y nueve

Sesión con Alexander: Venganza.

- Quiero que él sepa que el daño que sufrirá es por un acto de venganza.
- ¿Para qué?
- Debe creer que lo que le sucede es la consecuencia de sus actos. Si no es así podría asumirse como víctima de las circunstancias y la sensación para mí al verlo sufrir no sería la misma. No es igual ver sufrir a alguien a quien quieres ver sufrir mientras este piensa que es una víctima de las circunstancias, que mientras piensa que tú eres el motivo de su sufrimiento. Aunque... pensándolo ahora, hay una forma más eficaz...
- ¿Cuál?
- Que sufra creyendo que yo soy el motivo de su sufrimiento, pero sin creer que es mi intención: Que piense que no me interesa y a pesar de eso mi sola presencia le causa dolor.

Ciento sesenta

Sesión con David: Ignorancia.

- Te lo digo yo que también trabajo en esto —agregó David—, hay terapeutas que se ufanan de usar en su diálogo la llamada ignorancia socrática cuando lo que hacen es justificar con ese término su ignorancia teórica y aprovecharse de la poca capacidad de algunos pacientes de poder explicar lo que les sucede.

Ciento sesenta y uno

Sesión con Emil: Rutina.

- En distintas formas. Hay rituales muy particulares —comenté a Emil.
- ¿Como qué rituales?
- Por ejemplo, lavarse las manos siguiendo un conteo: Uno, dos, cuatro, cinco, siete, ocho, diez. Uno, dos, cuatro, cinco, siete, ocho, diez. Esto lo leí en un libro de casos.
- ¿El conteo es así tal cual lo dices? Porque te comiste algunos números.
- Es tal cual. La persona omitía siempre los mismos números en su conteo.
- ¿Por qué justo esos números? ¡Un momento! ¿Qué era lo que contaba?
- En su casa había mandando a instalar esos caños como los de los centros comerciales, en los que necesitas presionar arriba para que salga el agua. Contaba la cantidad de veces que presionaba el caño para que siga saliendo agua. La persona narraba en el libro que no contaba el seis porque era un número “maligno”. Le generaba ansiedad contarlos. Tampoco contaba el tres porque es la mitad de seis, y el nueve no porque es la suma de seis y tres.
- Comprendo... No era un ritual de la persona misma, pero recuerdo —comenzó a contar Emil— que cuando trabajaba en una clínica había un paciente cuya familia le había pagado a la señora del cafetín para que le sirviera al paciente su taza de café siguiendo un procedimiento muy extraño.
- ¿Recuerdas cómo era? —pregunté a Emil.
- Sí. Vi todo muy de cerca porque yo me hablaba con el paciente y en una ocasión yo también iba hacia el cafetín. Nos encontramos en el pasillo y conversando supimos que ambos íbamos por un café en ese momento. Hasta ese día yo no sabía del procedimiento. Caminamos hacia el cafetín. Nos acercamos a la señora que atendía, quien saludó al paciente por su nombre y le preguntó si deseaba su café. Él respondió de forma afirmativa y me dijo que pidiera mi café también, ante lo cual referí desear lo mismo que él. ¿Lo mismo?, me preguntó riendo. No sé si tenga tiempo para esperar, me dijo y procedió a decirle a la señora que mi café lo sirva “normal”. No lo contradije. Para esto, ya sabía que él tenía mucho temor a ensuciarse. Siempre evitaba tocar directamente las cosas. Entonces, en mi curiosidad por saber cómo haría el paciente para agarrar su taza, me quedé mirando sus manos. Se dio cuenta de esto y en voz alta refirió, “Ella ya sabe cómo”. El agua hirvió y la señora sacó dos tazas. Puso ambas en una mesa al costado de la cocina. Parecía hacer todo de forma que el paciente pudiera ver. Sirvió un tercio de cucharita de café en una, echó el agua y me preguntó que cuánto azúcar, a lo que respondí que dos

cucharitas. Puso la taza delante de mí sobre el mostrador. Ese era mi café, faltaba el del paciente. Luego sacó un plato que colocó plano en la zona al lado del lavadero, donde se colocan los platos limpios y listos para secarse. Cogió la tetera de agua hirviendo aún, no había apagado el fuego, y roció con agua hirviendo todo el plato. Luego sacó dos pinzas, las que se usan para los hielos en las fiestas y una cucharita, y puso todo sobre el plato anterior que aún botaba vapor del agua hirviendo con el que había sido bañado. El paciente miraba todo fijamente. Roció nuevamente el plato, con las pinzas y cucharita, con agua hirviendo. Dejó la tetera en el fuego nuevamente y abrió un paquete de servilletas y lo dejó sobre la mesa sin tocarlo más. Se lavó las manos de la forma en que se lavan los médicos y cogiendo casi con las uñas el plato lo inclinó para que cayera el agua caliente que tenía encima al lavadero, teniendo mucho cuidado de no tirar las pinzas y la cucharita. Agarró una pinza con cada mano. Con una de las pinzas atrapó un montón de servilletas del paquete que estaba en la mesa y las dejó al lado de este, del paquete, con la pinza encima para que no vuelen. Con la otra pinza asió la taza y la mantuvo en el aire sobre el lavadero mientras le echaba agua hirviendo a manera de desinfectado. Después llevó la taza, todo con ayuda de la pinza, a la mesa y la puso sobre las servilletas a la vez que quitaba la otra pinza. Colocó ambas pinzas dentro del aza de la taza para que no toquen la mesa. Abrió un sobre nuevo de café del cual echó desde el aire un tercio de cucharita del mismo, calculando. Tomó otra vez la tetera, llenó de agua la taza con el café y con una de las pinzas recogió la cucharita que seguía sobre el plato y la colocó dentro de la taza de café. Con la otra pinza, la más seca, agarró otro montón de servilletas que llevo hasta el mostrador, las puso delante del paciente, quien colocó un dedo sobre las servilletas. Tras esto, en un arte de equilibrio la señora asió con una pinza el asa de la taza y con la otra presionó el lado contrario, llevando así la taza de café hasta las servilletas del mostrador de donde el paciente quitó el dedo en ese momento. Fue asombroso. Luego me enteraría que la familia de él había coordinado todo este procedimiento con la señora del cafetín y por cada taza de café la familia pagaba el valor de veinte tazas de café servidas como la mía, de forma “normal”.

Ciento sesenta y dos

Sesión con Germán: Casualidad.

- Frente a mi sufrimiento, para mí sería miserable la revelación de que existe un ser que controla el destino y que puede, en su “misericordia”, mejorar mi situación. Prefiero ser un desdichado de la casualidad, que un beneficiado del designio.

Ciento sesenta y tres

Sesión con Emilia: Trascendencia.

- No puedo mirar con amor. ¿Cómo mirar a un ser tan simple como el humano con todo aquello que dicen del amor? Todo lo que el amor impone implica trascendencia. Tal vez es eso, que perdí la capacidad de otorgarle trascendencia a alguien.

Ciento sesenta y cuatro

Sesión con Javier: Tirana.

- Mi abuela siempre fue una tirana. De esas personas que parecen tener dentro solo odio y resentimiento. Ahora, en sus últimos días, todos la han abandonado y me tocó a mí cuidarla. No imaginé jamás cuidarla. Sobre todo porque conmigo era con quien de verdad discutí sin ver que yo me doblegue a su tiranía o me deje manipular como pasaba con todos de la familia. Tan impotente se sintió discutiendo conmigo un día hace años, que agarró un cuchillo para amenazarme. Yo agarré su mano, le quité el cuchillo y lo tiré al suelo. Desde ahí me tuvo respeto. Creo que no tanto porque vio que le pude quitar el cuchillo. Creo que le sorprendió que cuando ella agarró el cuchillo, yo no retrocedí ni un poco y, al contrario, avancé. Todo eso antes... y ahora, cuidándola. Ayer tuve tiempo y me paré a vigilarla mientras comía, por si necesitaba ayuda. Vieras cómo no se le quita aún la postura de tirana. Se notaba cómo tensaba los músculos al agarrar su taza y su cuchara, como queriendo que yo vea no solamente que podía comer sola, sino que comía molesta, como un tirano cuando no te golpea, pero golpea la mesa para que notes su ira. Aunque algo pasó luego, acabó de comer, retiré la mesita con la taza y la ayudé a echarse en su cama, hablándole con la voz que hablo siempre, como si le hablara a alguien que jamás me hizo daño. No puedo ser un tirano como ella, aunque me haya tratado muy mal antes; no porque considere que no debo, sino que no puedo. Llego a ser muy agresivo al defenderme, ya te he

contado, pero lo hago siempre desde mi lucha por lograr que me respetes y no por mostrarte que yo mando. La eché en la cama, le toqué el hombro con cariño real y le dije "descansa", deseando de verdad que lo haga. En ese momento me di cuenta que me miraba con tristeza, como pidiendo piedad y como buscando algo. Creo que no entendía cómo alguien a quien había tratado tan mal podía no verla totalmente débil y vulnerable, y no tratarla como si fuera inferior. Creo que sin querer, en ese toque de hombro y con ese tono de voz, le di el amor que jamás le habían dado. Toda su tiranía era el reflejo de una vida donde muchos aprovecharon sus momentos de debilidad para tratarla también con tiranía. En ese momento no solo encontró en mí a alguien que no hizo lo mismo al verla débil, sino que le mostró amor humano sin ser hipócrita. No le mostré amor humano intentando demostrarle que "no le pagaría con la misma moneda" o que "no soy como ella", o alguna de esas justificaciones hipócritas que usan los que se creen "buenitos". Vio que le mostré amor humano real; viéndola como igual a mí, incluso en su debilidad. Por eso me miraba así, no había encontrado en mí la postura de superioridad ante su debilidad y no encontraba la hipocresía de un falso perdón o un falso trato amable. Hoy en la mañana murió.

- Lo siento —dije, asintiendo con la cabeza.
- No te preocupes. No me da pena en verdad.
- ¿Quisieras haberle expresado más ese amor humano? —pregunté.
- No. No me nacía darle más. Tampoco me convenía darle más.
- ¿Por qué?
- Porque si lo hacía, ella lo hubiera visto como una debilidad y ella sí se hubiera aprovechado de eso para tratarme como siempre, como una tirana. Mi mamá repetía siempre "Con tu abuela no se puede jamás bajar la guardia".

Ciento sesenta y cinco

Sesión con Michel: Sobrepasar.

- El problema de los medios de comunicación es que presentan la felicidad como aquello que deseáramos que sea, sin que pueda llegar a ser así para todos, o así todo el tiempo. Hace poco escuché una canción donde se menciona en una parte que el protagonista de la historia sale a fiestas, a discotecas, todos los días. Calcula, cuánto de ingreso mensual deberías de tener para solventar irte a discotecas todos los días. Desde otro ángulo, ¿te daría el cuerpo para salir de fiesta todos los días? Si trabajas, ¿podrías salir todas las noches y luego

levantarte cada día a trabajar? Algo gracioso, si ves el video de la canción, las personas que se muestran son atléticas. O sea, mantienen un régimen de ejercicio físico semanal, con un cuidado de su alimentación, y se les ve frescas, descansadas. Es irreal, al menos lo es así para todos y justamente suena atractiva esa forma de presentar la felicidad, no solo porque sobrepasa las posibilidades de la realidad sino porque sobrepasa las posibilidades de nuestro cuerpo. Tendemos a ver la felicidad en aquello que nos falta y en aquello que nos sobrepasa. La idea de volar es atractiva no porque nos haga falta volar sino porque no tenemos alas.

Ciento sesenta y seis

Sesión con Matías: Opción.

- Pensé en todo. Le pregunto y de verdad deseo su opinión, ¿queda alguna opción que no esté viendo? —me preguntó con una expresión que entendí como de duda real y no de rechazo a una verdad conocida.
- Veo una —dije.
- ¿Cuál?
- Que lo que ocurrió sí fue una coincidencia.

Ciento sesenta y siete

Sesión con Adán: Sufrimiento.

- Jesús murió por los pecados de todos los hombres, no para que sean perdonados, sino para que no se les pueda perdonar. Cada hombre, luego de la muerte de Jesús, sufre sin que ni una gota de su sufrimiento limpie algo en él. Jesús se llevó todo para poder salvarse él y dejarnos sin la posibilidad de hacerlo nosotros. Lo mismo que sucede en el cuento del ladrón que entró a una casa una mañana y rompió un jarrón antiguo. Le dijeron que su castigo duraría hasta que logre pegar las piezas del jarrón. En esa misma tarde el dueño de la casa escondió las piezas rotas. El ladrón sufrió el castigo hasta su muerte, por no poder reparar el jarrón. Así es el sufrimiento del hombre, sin posibilidad de remediar algo.

Ciento sesenta y ocho

Sesión con Lorenzo: La muerte.

Esta sesión se llevó a cabo en un hospital psiquiátrico. Lorenzo estaba internado hace seis meses, luego de que fuera frustrado su segundo intento de suicidio.

- Hay un autor que dice que la muerte es el final de todas las posibilidades — continué, intentando llegar por esa premisa a que Lorenzo evalúe opciones.
- No lo es —sentenció con seguridad Lorenzo—. Al contrario, la muerte es el punto a partir de donde se pueden dar todas las posibilidades. Al morir, por ejemplo, dejo de estar alejado de la gente que amo, porque lo único que queda de mí, el recuerdo, es lo único que hay de mí en el mundo y ya no se encuentra en ningún lugar, se encuentra en todos los lugares donde se me piensa, a la vez, en cualquier momento. Mi posibilidad de estar se vuelve absoluta. Mi cambio de opinión, otro ejemplo, ya no me pertenece, ya no es una posibilidad que solo esté en mí. Estando muerto, mi opinión depende de cada interpretación que alguien dé de mí. Puedo opinar de todo, a la vez, porque lo único de mí es lo que queda en todos y de cada uno de los que me piensen depende lo que de mí se diga. Eso es morir.
- No lo había pensado así. De ese modo parece la muerte una buena opción. Sin embargo, considero que habría que esclarecer qué cosa es estar, qué es “posibilidad”, qué es una opinión. Te propongo algo. Por ahora estás internado, así que sería difícil que tomes la decisión de suicidarte. No estoy en contra de qué lo hagas, pero a mí me pagan por venir acá y al menos de algo tenemos que conversar, ja, ja, ja —dije en tono de broma con complicidad—. Te propongo que de esos temas hablemos las siguientes sesiones.
- Sí, creo que está bien —contestó Lorenzo muy calmado.

Ciento sesenta y nueve

Sesión con Martiza: Argumentos.

- Sí —afirmó Maritza—, a mí también me han querido convencer con ese argumento. De hecho, lo puede encontrar en internet como la Apuesta de Pascal, de donde se desprende que conviene creer en Dios.
- Ah, mira. No sabía que ya se había escrito sobre eso.
- Sí, incluso está muy refutado.
- ¿Cómo lo han refutado? —pregunté.

- Por ejemplo; si Dios existe y es cómo dicen, sabría que estoy creyendo por conveniencia. Otro, si creer me conviene, ¿no me convendría igual creer en otros dioses? También entra la pregunta ¿se puede decidir creer? También, la premisa asume que lo que dicen que Dios ofrece es lo que yo deseo. Si no deseo lo que Dios ofrece, no me conviene creer. Otra refutación a modo de pregunta, ¿no pierde algo el que cree al creer y por tanto en cierta forma también no le convendría a él no creer? Así hay varias formas de refutar ese argumento.

Ciento setenta

Sesión con Ana Belén: Lo abstracto.

- No siempre sucede, lo sé, pero a veces en lo abstracto muchas cosas parecen ser, hasta que se pide encontrar ahí aquello que se creía que sobraba. Es como creer en la suavidad de las nubes; una vez que se intenta sentir la suavidad, las manos traspasan la nube sin tocar lo suave.

Ciento setenta y uno

Sesión con Arturo: Explicar.

- En una ocasión escuché a un filósofo presentar un caso y preguntar “¿No tienen la sensación de que algo no está del todo bien? Como si hubiera algo que no cuadra”, para luego pasar a describir y analizar justamente aquello raro de la situación, que en varios solo quedaría como una sensación que no pueden determinar.
- ¿Eso a qué va? —pregunté con extrañeza.
- Que mi anterior terapeuta se aprovechaba de eso para dar terapia. Por ejemplo, en una ocasión hablábamos sobre la infidelidad de mi pareja y yo le mencioné que algo que quería saber era con quién me había sido infiel ella. Mi terapeuta me preguntó al instante “¿Eso cambiaría las cosas?” Yo, así como en el ejemplo del filósofo, tenía la sensación de que sí, que en algo cambiaría las cosas saber eso, pero en ese entonces no sabía cómo determinar lo que sentía.
- ¿Qué respondiste?
- Me quedé pensando y le dije que no sabía, pero era un no sé de “siento que en algo cambiaría las cosas, pero no sé en qué” que es diferente a “creo que no las cambiaría en nada, así que no hay razón por la cual quiera saber”. Entonces, él

se aprovechó de eso para tomar mi duda como una certeza de que yo no sabía para qué quería aquello que quería y me dijo “Entiendo, entonces, que en verdad no sabes para qué quieres saber con quién te fue infiel”. Para mí ese momento fue un anulante total de aquello que sentía. Yo sí sabía, pero en ese tiempo no tenía la capacidad para poner en palabras eso que sentía. Ese terapeuta hacía eso, se aprovechaba de que su paciente no tenía la capacidad de explicar su interior.

Ciento setenta y dos

Sesión con Salvador: Coherencia.

- Sé que no soy un mediocre —increpó Salvador—, pero ¡ay, el destino!, cómo se empeña en darme la vida de uno —agregó.

Ciento setenta y tres

Sesión con Aquiles: Triunfo.

- Algo que erróneamente aprendí de las películas es que basta con triunfar una vez para ser feliz para siempre y establecer lo que soy. No es así la vida. Triunfas y luego sigues vivo. No se acaba la historia en un eterno momento de felicidad. Luego de triunfar, el universo no se voltea a verte y hacer que seas feliz para siempre por ser el triunfador de un momento.

Ciento setenta y cuatro

Sesión con Iván: Salud.

- Así acabó la terapia —agregó luego de un suspiro, tras haberme contado sobre su anterior procesos con otro terapeuta— y me sentía sano, libre totalmente, con una energía y paz drogantes..., pero era parte de la explosión ante la salud; como la respuesta que te daría un sediento si le preguntas cuánta agua desea: siempre te dirá una cantidad que es más que la que realmente tomaría. Igual sucede con quien pasa un proceso terapéutico donde encuentra una liberación, por lo general actúa como si aquello que antes no se permitía ahora fuera lo

que más o únicamente desea. Parte del proceso de terapia debe ser el análisis de la salud.

Ciento setenta y cinco

Sesión con Antonio: Sin Dios.

- ¿Cómo fue ese procesos que mencionas para llegar a ser ateo?
- Sería extenuante describir todo. Lo que podría comentarle son dos posturas que puse en práctica durante el proceso.
- A ver, ¿cuáles son?
- Decidí que, sea cual sea el problema que tenga, así corra peligro mi vida o la vida de uno de mis seres amados, no apelaría a Dios rezando u orando, solicitando que se solucione todo. Fue difícil al inicio. Una vez estaba tan desesperado que hasta casi empiezo a rezar. Pero no lo hice. Desde que tomé la decisión han sido aproximadamente diez las veces en que he estado frente a problemas sumamente complicados. Nunca tomé la opción de pedir a Dios que soluciones mis problemas. ¿Qué cree que pasó?
- ¿Qué?
- Nada. Algunos de esos problemas se solucionaban solos. Otros se complicaron más. En otros no logré que se solucione nada. En conclusión, me di cuenta que pasaba lo mismo que cuando pedía a Dios que me ayude ante un problema, a veces el problema se solucionaba y otras no. No había diferencia.
- Suena a una investigación personal.
- Exacto. Luego probé la segunda postura, retar a Dios. Vivía aún con el miedo angustiante de que si con mis pensamientos o mi palabra retaba a Dios, algo malo me pasaría o me iría mal. Creo que muchos tenemos ese miedo, inculcado por historias tontas como esa de que el Titanic se hundió porque dijeron antes de su partida que “Ni Dios lo podrá hundir” o la historia de que a los Beatles les fue mal luego de decir que eran “más famosos que Jesús”. Llevaba tanta preocupación de no retar con nada a Dios que ya vivía mal sin haberlo retado. Un día me cansé y decidí hacerlo, lo reté. ¿Qué imagina que pasó? —dijo Antonio, sonriendo con ironía.
- Lo mismo que con lo anterior, nada —afirmé, refiriéndome a lo que sucedió luego de que tomara la primera postura.
- Lo mismo, nada cambió —reafirmó Antonio—. Excepto por algo, algo sí pasó.
- ¿Qué?

- Sentí pena, sentí cómo un ser desaparecía. Sentí que cambiaba mi historia. Algo así como enterarse que se ha sido engañado por la pareja durante años de relación. Retrocedes recordando todo y la historia cambia.

Ciento setenta y seis

Sesión con Eisha: Inevitable.

- Sirvió —concluyó Eisha—. Estar ante un destino que parecía inevitable, creó en mí la necesidad de convertirme en una mejor versión. Luego de hacerlo, empecé a ponerme delante de aquellos destinos que sí podía seguir evitando.

Ciento setenta y siete

Sesión con Lucía: Trascendencia.

- Como el caso de Erich Neumann, que profundizó la teoría de Carl Jung, o el de Imre Lakatos con Karl Popper —mencioné.
- Siempre sucede —afirmó Lucía— y no es que esté mal o necesariamente haya una mala intención detrás. Por cada hombre que trascendió por sus descubrimientos, hubo uno después que tomó el mismo tema, lo profundizó o refutó, pero fue opacado; hubo uno antes, que ya había tenido un descubrimiento similar, pero fue ignorado; uno paralelo que habló de ideas parecidas, pero fue omitido. Eso sin tomar nota de los que tenían la posibilidad de tocar la misma cima en la misma materia, pero a quienes no les interesó hacerlo, o los que si tenían el interés, pero no pudieron hacerlo por cuestiones fuera de su control.

Ciento setenta y ocho

Sesión con Jean Pierre: Interior.

- ¿Qué? —pregunté, desconcertado.
- En otras palabras: Todos creen que porque existe algo dentro de las personas necesariamente hay un interior. No es lo mismo tener algo dentro que tener un interior. Unos pensamientos, unas palabras sin decir, un diálogo que no sale, conversaciones con uno mismo, ideas, recuerdos, ideaciones, no hacen un interior. El interior es otra cosa y hay gente que no logra nunca desarrollar uno.

Por otra parte, hay gente que crea interiores en los demás, son el soplo de Dios, dan conciencia, crean almas.

Ciento setenta y nueve

Sesión con Diógenes: Objeto.

- Imagino una historia diferente a las que siempre se cuentan en las mitologías y leyendas, porque siempre se cuenta la historia del personaje importante que pasa una epopeya para obtener un objeto sagrado que le dará el poder para solucionar un problema o salvar a alguien, o lograr un propósito. Yo imagino una historia diferente, la de un personaje que teniendo el objeto sagrado que le da el poder, recorre una epopeya para dejar el objeto lo más lejos de él, para abandonar el objeto en un lugar al cual es imposible llegar, sabiendo que sin el objeto se sentirá vulnerable. Un personaje que se atreve a abandonar aquello que lo salvará o le dará poder. Imagine usted también, un Arturo incrustando en la piedra a Excalibur, un Jasón dejando el vellocino en el roble, un Hitler mandando a destruir la Lanza de Longinos... Yo, alejándome de ella; eligiendo no tener más fuerza que la que venga de mí mismo.

Ciento ochenta

Sesión con Rubí: Convencer.

- Con todo lo que me has dicho —interrumpí— hasta ahora, me da la impresión de que te estuvieras tratando de convencer a ti misma más que a mí, que por la expresión que acabas de hacer considero que acerté en eso. Si todo eso que has expresado durante casi quince minutos lo resumes en aquello de lo cual quieres convencerte, ¿qué sería?

Ciento ochenta y uno

Sesión con Raquel: Sentir.

- Justamente por eso también no quise algo más con él —indicó Raquel, llorando con frustración—, porque me jode sentir que otro decida. Me encapriché en rechazarlo porque estaba empezando a sentir algo fuerte por él y si aceptaba

estar con él por lo que ya sentía era como si él estuviera decidiendo. ¡Aaarr! Lo detesto por lograr hacerme sentir.

Ciento ochenta y dos

Sesión con Gerardo: Valor.

- Le conté una historia personal, familiar, que siempre comento cuando alguien repite cosas como esas que dijo.
- ¿Cuál es la historia familiar que le comentaste?
- Le conté sobre lo que dijo mi abuelo antes de morir a los 90 años. Mi abuelo fue un hombre sumamente sumiso, obedecía en todo a mi abuela. Creo que su voluntad nunca salió de aquello que mi abuela decía. Unas semanas antes de morir habló con mi mamá y le dijo una de las cosas más tristes que puede decir un anciano, le dijo “Ay, hija, nunca fui feliz”. Creo que en ese momento le importó más su felicidad porque ya era tarde para intentar lograrla. Aunque..., como la felicidad es algo huidiza, tal vez de ningún modo la hubiera llegado a alcanzar. Ni aún dejando de ser sumiso. Pero, si hubiera tomado las riendas de su vida, al menos sin ser feliz podía haberse dado cuenta que esa felicidad no estaba pendiente en algún momento al que él no pudo llegar por falta de valor. Un hombre valiente puede no ser feliz, pero su valor ante la vida le recuerda que el camino a la felicidad no está oculto por su cobardía.

Ciento ochenta y tres

Sesión con Marlon: A alguien más.

- Eso que acabas de decir lo sentí como algo que no me lo dijiste exactamente a mí. Lo sentí como algo que dices siempre, como algo que antes se lo has dicho a alguien más.
- Sí, es algo que siempre le digo a mi papá —indicó Marlon.

Ciento ochenta y cuatro

Sesión con Henry: Privacidad.

- ¿Cuál es tu intención al mentir?

- Así establezco mi privacidad.
- ¿Y sin mentir podrías mantener algo de ti oculto?
- Uso la mentira para que ni si quiera se sepa que hay algo oculto.
- Entiendo, pero me pregunto ¿qué sucede cuando alguien sabe que tienes algo oculto?

Ciento ochenta y cinco

Sesión con Julio: Ser.

- Exaaacto, de ese tipo. Los he encontrado en todos lados, en la universidad, en las formaciones de psicoterapia, en los trabajos. El clásico psicólogo que no puede dar tratamiento más que desde su ser psicólogo. Dentro de ese grupo hay otro que lleva más allá esa postura, el de los psicólogos que asumen que la mejor forma de ser persona es serlo desde lo psicológicamente correcto, que hacen que su ser psicólogo prevalezca en su vida, en todo contexto: Ante todo conflicto que les acontece, van a terapia; creen que la única forma de dar mejor terapia es formarse más, con más y más cursos; consideran que solo las áreas de conocimiento que hablen de la psicología del ser humano son las que deben estudiarse para entender al ser humano.
- Siento que eso último lo dijiste recordando algo —indiqué a Julio.
- Ah, sí. Recordé cuando llevé una formación de psicoterapia humanista y en una clase se habló sobre la coherencia y yo mencioné que se podía analizar muy bien el tema desde la Lógica. El profesor me miró ofendido y me dijo que podía ser, pero que la Lógica no veía lo humano. Ahí entendí que era uno de esos psicólogos que le mencioné. Son personas que nunca han considerado encontrar otra forma de evaluar su psicología y la de los demás sin lo psicológico y sin ponerse frente a sí mismos como psicólogos.

Ciento ochenta y seis

Sesión con Odani: Arde.

- Una de las cosas que tuve que aprender fue a crear dolor, a hacer daño intencional, enfrentarme a ser una mala persona, porque, lo que más temía de eso y en lo que más se basaban todas mis acciones era en evitar verme así, por todas las repercusiones reales y mágicas que creía que podía tener. Me enfrenté a la condena en el infierno para aceptar que en mí también ardía un

poco de ese fuego. Cuando dicen “te quemarás en el infierno”, la gente piensa normalmente que la persona se consume entre el fuego a su alrededor. No, en el infierno somos como leños en una hoguera, nosotros también ardemos porque de nosotros también sale fuego. El infierno arde..., porque el hombre produce fuego. En mí también arde la maldad.

Ciento ochenta y siete

Sesión con Cielo: Otro.

- Yo sé que tú coincides conmigo en eso —dijo, mirándome con ironía y complicidad—. Al menos, si se lo toma por lo de autoanalizarse, hay gente que tiene una capacidad extraordinaria de verse a sí misma, mejor de lo que lo haría otro. Casi como desdoblándose y siendo otros dentro de sí mismos. Los he oído, analizando sus problemas, saliendo de lo que son ellos mismos. Me recuerdan al cuento que nos narraba la profesora de primaria...
- ¿El del lago?
- Ese mismo. Un lago dejaba una parte de sí mismo en un vaso, y esa agua, la del vaso, se convertía en fuego. Luego, el fuego, desde su ser fuego, imaginaba cómo se sentiría ser agua de ese lago. He conocido personas así, asombrosamente pueden verse a sí mismas como si fueran otras.

Ciento ochenta y ocho

Sesión con Ylum: Humanos.

- El karma no existe. Eventualmente todos vivimos todo y en cierta forma, cuando algo malo nos sucede, queremos sentirnos culpables, sentir que lo que nos pasa en ese momento es el resultado de algo que hicimos en el pasado. Tal vez una forma inconsciente de soportar el dolor o algo plasmado en nosotros por la cultura, por las ideas que simbolizan la dualidad de acción reacción. No sé. Además, fortuitamente no hay mucho que podamos vivir en verdad. ¿Hay algo no humano que el humano pueda experimentar? ¿Hay emociones fuera de aquellas que ya traemos en nosotros que podamos sentir?
- Acabo de sentir mucha angustia —expresé—. Sentir que no viviré más de aquello que es humano. Quién fuera tan afortunado de poder serlo todo.
- Disculpa por dejarte con esa angustia.

- Más que con la angustia me quedaré con una búsqueda. Intentaré encontrar aquello no humano que pueda experimentar —concluí.
- Tal vez te ayude esto: Todo somos humanos, pero no todos somos el mismo humano.

Ciento ochenta y nueve

Sesión con Walter: Versión.

- Siempre he sentido que tengo una versión gratuita de la vida, la versión que solo te da acceso a una parte, la que no te permite disfrutar todo. Esa versión que no te permite ir más allá de cierto punto. Soy el destinado a vivir el inicio de grandes amores que jamás se concretan, probar un poco de grandes placeres que luego me quitan, tener grandes triunfos que no abren ninguna puerta, vivir días de gran fortuna que no duran lo suficiente para poder hacer algo con ella. Soy el destinado a jugar la versión gratuita de la vida y no sé con qué pagar para que me den la versión completa. Al menos —agregó Walter, suspirando con una sonrisa—, también la versión que tengo limita que me sucedan grandes desgracias. Más o menos siete veces, de distintas formas, he estado a punto de morir. De niño, si no fuera por detalles, pude quedar inválido o con daños serios en mi cuerpo. He vivido el inicio de graves enfermedades que jamás avanzaron.
- ¿En qué piensas? —pregunté, luego de que Walter se quedara mirando en vacío.
- Tal vez soy yo también la versión gratuita de un hombre. Porque, cuando he sentido que puedo lograr grandes cosas, me estanco.

Ciento noventa

Sesión con Odeth: Sacrificio.

- No, no, no —interrumpió Odeth—. Disculpa que te corte, pero no es así. Lo que sucede es que él se ha acostumbrado a asumir que es un héroe de su historia, por ser siempre el que hace el sacrificio; tanto que empieza a hacer sacrificios innecesarios, para sentirse de nuevo el héroe, para sentirse importante, para que alguien lo mire con importancia.

Ciento noventa y uno

Sesión con Maryorie: Soborno.

- ¿Qué tanta coherencia se puede esperar de un hombre cuyos principios no le permiten aceptar sobornos porque considera que aceptarlos sería permitir que alguien lo gobierne?, sin embargo, hace siempre lo correcto esperando que la vida lo premie.

Ciento noventa y dos

Sesión con Jheyson: Espacio.

- Por momentos pienso en mi cuerpo como un recipiente donde entró mi alma, y creo —expresó, sonriendo con tristeza— que pasa una de dos cosas: o me dieron un alma tan grande y por eso el dolor que siento parece mayor al que vive cualquier otra persona, o me dieron un alma tan pequeña que necesito más dolor que los demás para cubrir el espacio vacío que queda dentro.

Ciento noventa y tres

Sesión con Sasha: Ateo.

- Soy otra clase de ateo. Soy el ateo que rechaza el concepto de dios como ser que tiene el derecho a gobernar sobre mí. Desde ese lugar, aunque el ser que llaman dios los cristianos o cualquier otro ser nombrado como dios, de verdad exista, no significa que sea un dios para mí. Mi madre es profesora y siempre la escuché decir: En el trabajo hay alguien en la dirección, pero eso no lo pone por encima de mí.

Ciento noventa y cuatro

Sesión con Noé: Preguntas.

- La gente es rara, ¿no? A veces hace preguntas para obtener respuestas que usarán para contestar preguntas distintas a las que hicieron.

Ciento noventa y cinco

Sesión con Samuel: Oraciones.

- Regularmente juego con las estructuras de los conceptos. Así logro que una parte del mundo se abra ante mí o, al menos, se agriete. Juego con poner en una hoja, por ejemplo, “La misma existencia de la luz demuestra que el hombre está hecho para vivir en oscuridad”, “La vejez nos lleva hacia el momento en que tenemos menos experiencia”, o “La única razón para que todo pareciera salir conforme a un destino es que justamente eso llamado ‘destino’ no exista”. Oraciones que suenan incoherentes. Luego trato de argumentar esas premisas. Algunos de mis libros, como el que tiene usted en su estante, empezaron así, con una oración de esas, que al argumentar por ella, me permitió ver lo oculto.
- Crear lo oculto, podría ser otra opción —continué—. Lo que está oculto es con lo que se rodea lo obvio. ¿No?
- Ja, ja, ja. Buena oración.

Ciento noventa y seis

Sesión con Adán: Abandono.

- El infierno es ese lugar que evitamos. Es esa situación en la cual no nos gustaría estar. A veces lo desconocemos, pero lo tenemos presente porque buscamos vivir lo contrario. Además, es un lugar al que no podemos dirigirnos; al infierno tenemos que caer por casualidad, sin desear estar ahí. La puerta del infierno nos tiene que aterrorizar y su fuego nos tiene que doler. También, al infierno tenemos que caer sin preparación. Si no sucede así, no podremos purificarnos en él. Porque el infierno, irónicamente, siendo tan mal visto, purifica a algunos. Todo esto lo sabían los primeros padres de la iglesia. Por eso, sabían que Jesús no podría purificarse en un infierno que conocía, que esperaba y al cual deseaba llegar. Por eso le dieron otro: cambiaron la real traducción de una parte para darle a Jesús su verdadero infierno, un lugar desconocido, que no esperaba, al cual no quería llegar, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Colocaron un verdadero infierno para Jesús, el momento en que se sintió abandonado por Dios. Jesús, así, ya había llegado al infierno antes de morir en la cruz. Le doy algo más: Si el infierno es ese lugar que describí, piense quiénes más deberían estar en el infierno de Jesús.
- ¿Quiénes?

- Los otros abandonados de Dios. Recuerde, en ese momento en la cruz ya estaba Jesús en el infierno. A Dimas no le dice “bajaremos juntos al infierno y luego estarás conmigo en el paraíso”. Le dice “hoy estarás conmigo en el paraíso”. Si ese mismo día estaría Jesús en el paraíso, ¿en qué momento iba a bajar al infierno? ¿Se da cuenta? Nos lo dice la misma Biblia: Jesús ya estaba en su infierno en la misma cruz y Dimas tenía el mismo infierno que él, era otro abandonado de Dios. Por eso, ambos estarían ese mismo día en el paraíso, porque ya estaban en el infierno. Por último, el abandono de Dios no solo era necesario para que Jesús tenga un infierno, también para que en un momento sea realmente humano. ¿Qué le faltaba a Jesús para ser totalmente humano sino gritar y no tener respuesta? El humano para ser humano requiere tener la condición del abandono divino.
- Entonces, ¿la cruz era su infierno?
- No —contestó Adán—. Pobre de aquel que no vaya al infierno luego de haber sido crucificado. Pobre de aquel que sintiendo el calor de la puerta decida retroceder. Pobre de aquel que centre su contemplación solo en la crucifixión y no también en el infierno.

Ciento noventa y siete

Sesión con Anahí: Evitar.

- Pasó el tiempo y nos fuimos convirtiendo en nuestros papás, repitiendo sus miedos, frustraciones, decadencias. Lo raro fue que, justamente lo que hacíamos para evitar que eso pase, fue lo que nos llevó ahí. No logramos escapar. No hubo opción de escapar. Hasta la forma de rebelarnos era aprendida. Lo que hacíamos para superar sus miedos era lo que nuestros padres mismos intentaron. Al verlos, siempre pensamos que eran mediocres, que no habían hecho nada para vencer a la vida. Siempre estuvimos viendo a esos que ya habían intentado todo.

Ciento noventa y ocho

Sesión con Azul: Mendigo.

- El único destino que transforma al hombre es aquel del cual se siente sentenciado. Eso descalifica cualquier método donde el hombre se exponga a

un destino ficticio en favor de buscar que aquel lo transforme. Como esas prácticas de algunos grupos coaching donde fingen ser mendigos, para sentir cómo es esa vida y que eso los lleve a un entendimiento del mundo.

- Ah, sí. He tenido compañeros de la facultad que las han hecho —señalé.
- Lo que hace llorar al mendigo por serlo no es solo la situación en que se encuentra, sino la sensación de lo inevitable. Mendigar no es suficiente para sentir lo que siente un mendigo.

Ciento noventa y nueve

Sesión con Adán: Ojos.

- Hasta antes de comer la manzana, Adán y Eva sabían lo que eran. Su ser estaba determinado por lo que Dios había designado que sea. Luego de comer la manzana, ya no sabían lo que eran, porque su ser ya no era para ellos lo que Dios determinaba. Por eso se cubren, con vergüenza. Desde ahí, para ellos, su ser no era únicamente lo que Dios veía. Coman y abran los ojos, pueden verse a sí mismos y pensar cosas de sí mismos. Se cubren porque piensan que Dios puede llegar a ver también lo que ellos mismos ven en sí. Por ese mismo motivo también Dios deja de verlos y los busca en el jardín.

Docientos

Sesión con Carolina: Posesión.

- Me da la impresión de que buscas demostrar que ante cualquier situación nunca se te arrebate la libertad —concluí.
- Sí, ¿no? Es como si yo misma pusiera pruebas para demostrar que bajo cualquier situación nunca se me niegue.
- Tengo una interpretación, pero no sé si estoy en lo correcto.
- Dime —contestó Carolina.
- Me parece que eso tiene que ver con esa costumbre que tienes de hacer planes y determinar lo que harás con demasiado tiempo de anticipación.
- Creo que he reducido mi libertad a solo cumplir mis antojos —concluyó Carolina.

Sesión con Homero: Más allá.

- ¿Lo vas a escribir en alguno de tus libros también? —pregunté a Homero.
- Sí. O... No sé, en verdad.
- ¿No es el primer sueño donde sueñas que mueres, no?
- No. Ya ha sucedido antes. De distintas formas. Esta vez soñé que moría y estaba en el más allá.
- ¿Cómo era el más allá?
- Había mucha gente. Era un lugar muy tranquilo y bonito, con parques enormes y avenidas gigantes. No veía autos, ni tecnología, ni casas. Solo avenidas y parques con toda la gente caminando. Alguien notó que estaba ahí parado y se me acercó. Me saludó y me dijo con mucha calidez que me mostraría todo. Me llevó por varios lugares, casi todos iguales al que vi al inicio. Hasta que divisé al fondo del lugar una pared de ladrillos muy larga, con una sola puerta en medio. No se distinguían letreros, señales o algo que indicara qué era o había ahí. Supuse que, siendo la única estructura, al menos eso asumí, no se daba la necesidad de indicar lo que era. Caminando nos fuimos acercando a la pared, hasta estar tan cerca que sería raro no preguntar. ¿Eso qué es?, consulté a mi acompañante. El cementerio, contestó. Me quedé helado. Sabía que todos ya habíamos muerto. Estábamos en el más allá. Dije en voz alta lo que no entendía, ¿un cementerio para qué? Para nuestros muertos, claro, contestó mi guía con mucha obviedad. ¿No hay vida eterna?, pregunté con mucho más desconcierto. Mil años, respondió. Notando mi extrañeza, continuó diciendo “lo pedimos hace mucho. Antes éramos eternos, pero notamos que nada cobraba sentido. Alguien deslizó la idea de la muerte como opción, pero también la muerte nos había causado angustia. Hicimos una reunión y conversando llegamos a la conclusión de que siempre la muerte nos hizo sufrir por falta de tiempo. Cien años no eran suficientes para nada. Así que pedimos que nuestro tiempo acá dure mil años”. ¿Luego qué sucede?, pregunté. No lo sabemos, contestó. Al pedir la muerte, pedimos también no saber qué sucede después.
- Tú qué crees que suceda después de esa segunda muerte —consulté a Homero.
- Otro más allá, pero con diez mil años de vida —respondió con ironía.

Docientos dos

Sesión con Bastian: Vaciente.

- Usamos mal el término “vacío” para referirnos a la sensación existencial de malestar, porque nos lleva a especular sobre esa sensación desde todo lo que involucra la palabra. O bastaría con usar un adjetivo similar pero menos frecuente, vaciente. El ser humano no está vacío, está vaciente: Constantemente vaciándose, sin posibilidad de sentirse lleno. No sintiéndose vacío sino siempre sintiéndose en el proceso de vaciarse. La angustia, así, no es sentir que no hay nada en el interior, sino sentir que algo se pierde constantemente. Siempre se ha buscado el mecanismo de movimiento perpetuo, está en el interior del hombre: un lugar del cual todo cae hacia afuera sin parar. Cae del hombre sobre el hombre del cual cae. Ergo, la sensación de ahogarse en el mundo no viene de un hombre metido en un mar existencial que lo tapa, sino de un hombre con el rostro debajo de la catarata de su interior, que sin tener el agua por encima, no puede respirar.

Docientos tres

Sesión con Robin: Merecer.

- Un día mi mejor amiga me dijo “¿Sabes lo que pasa?... Que te han hecho sentir toda tu vida que no mereces”. ¿Que no merezco qué?, le pregunté. Solo eso, me respondió, que no mereces. Yo me crié con mis abuelos, que eran muy jóvenes, pero con mentes muy cerradas. Siempre criticaban el comprar cosas caras, finas o lujosas. Si hacía falta algo y se podía comprar lo barato o crearlo de forma casera, esa era la opción que se tomaba. Luego venían las frases clásicas, “¿Ven? Como tantas otras personas comprando esto que uno mismo puede hacer”, “Íbamos a gastar tanto, cuando igual esto sirve para lo mismo”. Recuerdo lo último que sucedió: Me dijeron que iban a construir para mí un cuarto en la casa con un pequeño patio. Yo les dije que me parecía genial, que sería bonito hacer un cuarto bien arreglado, con un patio con acabados. Al instante me dijeron “No. ¿Para qué? Hay que poner algo prefabricado y al costado el patio cercado con palos”. Me dolió tanto. Ellos siempre me decían que yo merecía mucho más de lo que me daban, mi abuelo, sobre todo, pero cada vez que yo pido más o lo mejor, su respuesta es ofrecirme la opción menor. Y la forma en que me la dan me da más cólera, porque no insisten, no

critican. Siempre me dan esa opción como si encajara conmigo. Como si eso fuera lo que debería tener alguien como yo.

- ¿Qué generó en ti esa forma de trato?
- Tengo miedo a buscar obtener lo mejor, porque dentro de mí algo me dice “Eso no encaja con alguien como tú”. Cuando me imagino teniendo una vida exitosa o con lujos, en mi interior surge una sensación extraña que me hace sentir que esa vida no encaja conmigo.
- ¿No crees que el dinero pueda ser un factor para que no te hayan dado lo que deseabas?
- Para nada. Mi familia siempre ha sido de dinero. Mi abuelo fue comandante de la policía, con una muy buena pensión. Mi abuela era dueña de varios terrenos en el norte, que alquilaba muy caros. Pero la forma en que me criaron dejó en mí la sensación de no encajar con las mejores opciones de la vida. Al punto que yo mismo me comportaba frente a esas opciones como si no las mereciera. No entendía de donde venía esa sensación hasta que empecé a llevar terapia contigo, pero más aún hasta ayer.
- ¿Sucedió algo ayer?
- Sí. Estaba en mi trabajo y tenía un momento libre. Busqué qué significa la palabra “merecer”.
- Te escucho. ¿Qué significa?
- Significa “ser digno de un premio”, “ser digno de ganar”. Por eso mi amiga me dijo que me hicieron sentir que no merezco. Solo eso, que no merezco. Lo que quedó en mí fue la sensación de no ser digno. Algo así como que ni si quiera tenía la opción de entrar en la competencia para obtener lo mejor.
- Puedo darle un recorrido más a ese significado —mencioné.
- ¿Cómo?
- Merecer se relaciona con ser digno, la dignidad se relaciona con la libertad, y la libertad con la responsabilidad.
- De tal manera —agregó Robin—, que puedo sentirme más merecedor si me hago más responsable.
- Y eso iniciaría nuevamente el ciclo. De hecho existe ese esquema. Se llama Ciclo lesaniano. Sentirse merecedor va de la mano con sentirse digno. Ambos se vinculan a la libertad. La libertad a la responsabilidad. Finalmente la responsabilidad genera mayor sensación de merecer y ser digno, iniciando otra vez el ciclo.
- Qué interesante. Acabo de entender la frase de un pensador indio, Rabindranat Tagore. Dijo “Cuando el hombre trabaja Dios lo respeta. Cuando el hombre canta Dios lo ama”.

- ¿Cómo la relacionas con el ciclo?
- Dejando de lado lo religioso, sentirse merecedor se da en un vínculo de la persona con la vida. Me siento merecedor de que la vida, el mundo, el todo, dios, me dé mi lugar, me dé lo que considero merecer. A su vez, el trabajo implica responsabilidad. Ahí se muestra el ciclo, soy más responsable y siento que el mundo me respeta, me da mi lugar, me da lo que merezco. Adicional a eso, ¿qué pasaría si con mi responsabilidad promuevo que otros se sientan merecedores y dignos, el aspecto social? Lograría que impulsen su propio ciclo y esa reacción en cadena haría que en algún momento regrese a mí más de lo que di; ahí está el canto y el amor: Cantar para otros es iniciar el ciclo de otros y el amor de dios es eso que regresa a mí en mayor cantidad porque mi canto se multiplica conforme avanza, hasta volver en algún momento a mí —dijo Robin, concluyendo.

Docientos cuatro

Sesión con Angeline: Libertad.

- Irónicamente, en esta ocasión, el destino del que parece que no puedo escapar es la forma del mundo de dejarme en libertad.

Docientos cinco

Sesión con Luigi: Versión.

- No sé si para todos es igual, pero para mí no existe el futuro, el futuro siempre es el presente en su mejor versión.

Docientos seis

Sesión con Benjamín: Motivo.

- No. Nadie me importa tanto para no poder ser sacado de mi vida sin motivo. De hecho, ¿existe alguna decisión para la que sea indispensable tener un motivo?

Docientos siete

Sesión con Narumi: Mirada.

- Es algo que siempre he predicado: A la vida se le tiene que mirar, porque si dejas que ella te mire, te ignorará. La vida es como un anciano ciego, sus ojos apuntan lo que ignora, gira sus oídos hacia aquel que le responde.

Docientos ocho

Sesión con Adán: Capacidad.

- En última instancia, Dios es aquel que no tiene capacidad de elección y por eso no necesita dejar algo al tomar algo. No necesita sacrificar nada. A diferencia del ser humano, no tiene que sacrificar tiempo a cambio de bienes, no necesita sacrificar oportunidades a cambio de responsabilidades, no tiene que sacrificar vida a cambio de felicidad. Por esa incapacidad de Dios de elegir y sacrificar, lo que más le pide al ser humano es eso, que decida y sacrifique por él, para él. Dios es eso, el ser que no tiene la capacidad de elegir.
- Pero en la Biblia se nombran pasajes donde Dios parece elegir.
- ¿Es una elección real la decisión que toma un ser que todo lo ve y todo lo sabe? ¿Frente a la omnisciencia no pierde su esencia la palabra elegir? ¿Frente a la inmortalidad no pierde su esencia el sacrificar?

Docientos nueve

Sesión con Adán: Dios.

- Lo que sucede es que, si Dios existiera, ni con todo el poder que le atribuyen lograría todo lo que ha logrado la propia imagen de él que creó el hombre. Tal vez esa sea la más grande paradoja de la religión: Si Dios existiera, no podría tener tanto poder como el que tiene sin existir.

Docientos diez

Sesión con Adán: Salida.

- Si Jesús estuvo en el infierno, ¿no habría que pensar que después de él el infierno también cambió? ¿Que hay una historia que abajo también se cuenta,

de un antes y después de Cristo? ¿El infierno de todos no es acaso diferente luego de que pasamos por ahí?

- ¿Haz soñado alguna vez con eso?
- Sí y siempre veo a Jesús saliendo del infierno con una sonrisa amable, como al despedirse de un lugar al que se le tiene cariño.